



ALAR BENET

LA PROMOCION DE LA MUERTE



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1950
PRINTED SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

1. - ¡CULPABLE!, por Alf Manz (5.a edición.)
2. - La HORA GRIS, por Alf Manz (4.a edición.)
3. - EL REY DHL HAMPA, por Fred Baxter (3.a ed.)
4. - EL COBARDE, por Alf Manz. (3. a edición.)
5. - LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair. (2.a edición.)
6. - CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz (2. a Ed.)
7. - SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.a Ed)
8. - LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.a edición.)
9. - A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.a edición)
10. - LA REDADA, por O. O. Tavin. (2.a edición.)
11. - SHANGHAI, por Alf Manz. (2.a edición.)
12. - GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baster (2.a edición.)
13. - ¡SANGRE! por Frank McFair. (2.a edición)
14. - LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alex Benet. (2.a Edición)
15. - EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.a edición.)
16. - TANGER, por Alf Manz. (2.a edición.)
17. - ¡ TRAIADOR!, por O. C. Tavin. (2.a edición.)
18. - TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny (2.a ed.)
19. - ALTA TRAICION por Fred Baxter. (2.a edición.)
20. - TERROR EN LA ACADEMIA DE QUÁNTICO, por Alf Manz. (2.a edició
21. - EL DELATOR, por Alar Benet.
22. - ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
23. - DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.

25. -UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
26. -HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
27. -La MUERTE ALADA, por Frank McFair.
28. -EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
30. -TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
31. -CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
32. -NUEVA YORK SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
34. -MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
35. -SECUESTRO, por O. C. Tavin.
36. -EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
37. -HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
38. -FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
39. -PALESTINA EN LLAMAS, Frank McFair.
40. -LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
41. -A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.

En preparación:

ESPIAS EN LA NOCHE.

I



EÑORES: Después de un curso tan brillante como el nuestro, es para todos un dolor la inexplicable desaparición de Andrew Tiller, que a lo largo de los exámenes, y por su comportamiento caballeroso y digno, había merecido el número uno de esta promoción de agentes especiales del Federal Bureau of Investigation. Mis palabras de hoy no son, como en otras ocasiones, de júbilo. Una secreta tristeza me invade, y supongo que igual les sucede a ustedes. No en balde en nuestro credo ocupa un lugar destacado la hermandad, esa hermandad que nos viene de Dios desde el comienzo del mundo, y que ante el peligro y la muerte se hace más íntima, más sacrificada. He recibido de varios alumnos, agentes ya, el ruego de que suspendamos la fiesta organizada para conmemorar el hecho trascendental para la

patria de que un grupo de sus hijos se dispongan a defenderla haciendo honor al triple lema: Fidelidad, Bravura e Integridad. No son tres vocablos, sino tres realidades rubricadas con la sangre de muchos que os precedieron en el cumplimiento del deber. Lamento no acceder a esa súplica. El número uno de la promoción será dejado en suspenso hasta que investiguemos la verdad de lo sucedido. Andrew Tiller, dondequiera que se halle, es merecedor de él, y si no fuese así, la escala correría en un puesto ascendente.

Davis Cort, del Estado Mayor del F. B. I, hablaba, midiendo cada una de sus expresiones. Era un hombre de cincuenta años, que llegó a su elevado cargo con el cuerpo cosido a balazos. Siempre fue el primero en el riesgo y en la generosidad. Su discurso era la última y más importante lección que recibían los nuevos agentes federales. En la amplia sala central de la Academia de Quántico reinaba un absoluto silencio.

—El dolor es la medida de la vocación, de la entrega. Desterrad de vosotros el egoísmo y dejad el corazón abierto a los nobles anhelos del alma. Jamás matéis sin pesadumbre. Mirad en los fuera de la Ley no a degenerados, aunque lo sean, sino a enfermos. En el noventa por ciento de los casos la patología descubre en los criminales taras físicas. Vosotros seréis, en frase audaz, tan audaz como la vida de los miembros del

F. B. I.,

los cirujanos que extirparán de los Estados Unidos el cáncer de la delincuencia. Confiamos en vosotros.

Los agentes escuchaban sintiendo que en sus corazones agigantábase el afán de justicia. Los rostros evidenciaban clara inteligencia, voluntad indomable y decisión. A Hoover, «el primer policía del mundo», le gustaba reclutar sus hombres en las Universidades. Por eso los alumnos de la Academia de Virginia eran poseedores de distinción y cultura social. Luego, en los fatigosos cursos, veteranos de la represión del «gangsterismo», que comenzaron su carrera en los tiempos de los grandes «gang», cuando Dillinger sembraba el terror en Chicago y, con el rapto del hijo del famoso aviador Lindbergh comenzaba una época de secuestros sensacionales, les iban enseñando sus experiencias en clases que versaban desde la técnica del espionaje al «*jiu-jitsu*». Prácticas policiales, tiro, educación física, laboratorio, ética y, en

suma: cuanto pudiera servirles en la lucha a muerte que en innumerables ocasiones veríanse forzados a aceptar contra individuos superdotados para el mal. El hombre del Estado Mayor continuó:

—Todos ustedes tienen tres días de permiso. Después, en Washington, celebraremos la fiesta de fin de curso, en la hora y lugar señalado. Nada más.

Una sincera salva de aplausos resonó en el salón. Todos admiraban a Davis Cort, cuyo heroísmo conocían. Con jefes como él se caminaba a gusto a la muerte. Después se diseminaron por los pasillos, charlando.

En el despacho del director de la Academia, los profesores y el representante de Washington tomaban una copa de vino. Fuera, un hombre paseaba nervioso. Otro se acercó:

—¿Qué te sucede, Larry? ¿Acaso no estás contento por haber obtenido el número dos?

El interpelado se volvió en redondo. Su semblante serio reflejaba una honda preocupación:

—No es eso, Thomas. Bien lo sabes. Pensaba en la suerte de Andrew Tiller. Le quiero más que a un hermano. Gracias a él llegué a la Academia. Estaba pensando solicitar permiso para, oficialmente, ocuparme en descubrir el enigma que le rodea.

—Pues pierdes el tiempo. Media hora antes de la entrega de «carnets» me lo han negado a mí. Supongo que encargarán a algún veterano.

Larry Wilson agradeció el informe a su compañero, y mientras se alejaba con él en dirección al bar, en su mente germinaba una idea que, fechas después, pondría en práctica.

Apenas transpuso la puerta de cristales de la cantina, abierta de par en par, se lanzó a un lado, rápido, rodando como un ovillo, mientras que una bolsa de goma llena de agua se desplomaba contra el suelo en el mismo sitio que debía ocupar el agente. Eran las bromas de fin de curso, que fracasaban muchísimas veces por la extraordinaria agilidad e intuición de los exalumnos.

Las risas salpicaban las conversaciones de los jóvenes, satisfechos de haber terminado una carrera en la que muchas veces daríanse una apasionante cita con la muerte.

Tres días después, en Washington, en el último piso del Palacio

de Justicia, reinaba una extraordinaria animación. Los miembros del

F. B. I.,

francos de servicio congregáronse para dar la bienvenida a sus compañeros. Las grandes mesas de trabajo estaban llenas de botellas de todas marcas y «sándwiches». Entre los muchachos, Davis Cort hacía un auténtico derroche de buen humor.

El Estado Mayor había prohibido que las reuniones de fin de curso se celebrasen en locales públicos y con asistencia de familiares y señoritas, en su deseo de mantener el incógnito sobre la personalidad de los nuevos funcionarios gubernamentales. El Federal Bureau of Investigation chocaba a cada instante con mayores dificultades debido a la excesiva popularidad de sus agentes e inspectores.

La reunión, íntima y cordial, a punto de terminar ya, resultaba maravillosa.

Larry Wilson, sin embargo, deseaba que todo acabase pronto para abordar a Davis Cort y enterarse de la suerte de su petición. No fue necesario que lo hiciera, pues el hombre del Estado Mayor se acercó a él, dándole una cariñosa palmada en la espalda:

—Enhorabuena. Se te concedió lo que pedías. ¿Una copa?

—Gracias, inspector. Se lo estimo muy de veras.

Bebieron. Davis, recorriendo con la mirada la gran sala, comentó, no sin nostalgia:

—Me parece que fue ayer cuando obtuve el título. Eran los tiempos heroicos del

F. B. I.

Costó que el Congreso se decidiera a votar por la creación de una Policía federal. Hubo mucho trabajo por aquella época, máxime cuando carecíamos de la actual ayuda técnica. Todo lo tuvimos que improvisar.

Calló unos segundos, recordando su juventud. Luego consultó su cronómetro:

—¿Vas a casa?

—Sí.

—Te llevo en mi coche hasta North Capítol.

—Aceptado, inspector.

Eran casi las dos de la tarde de un magnífico día de primavera.

Descendieron por los anchos escalones de mármol, adornados en el exterior por una balaustrada del mismo material. Un hombre, reclinado indolentemente contra la barandilla, portando en su mano derecha unos gemelos de largo alcance, los miró con indiferencia.

La reacción de Cort asombró a su compañero. El inspector se lanzó en plancha contra el sujeto, cogiéndole por la cintura. El atacado, sin dar muestras de sorpresa, consiguió desasirse de un brusco tirón, propinando al inspector un feroz izquierdazo en la mandíbula. Corrió luego hacia la amplia calle. Davis, que iba tras él, arrojóse violentamente al suelo. Wilson comprendió entonces de qué se trataba, y le imitó. Un negro automóvil pasaba a gran velocidad frente a ellos y de una de sus ventanillas surgió una mortífera ráfaga de plomo, que alcanzó al que huía en pleno pecho, derribándole.

Davis se incorporó rápido, respirando satisfecho al oír las sirenas de dos agentes motorizados que volaban a la captura del vehículo asesino. Luego cogió los figurados prismáticos, diciendo a Larry:

—Ven. Vas a ver algo curiosísimo.

Penetraron de nuevo en el Palacio de Justicia y atravesando varios pasillos, llegaron a una habitación oscura con los útiles precisos para revelar toda clase de fotografías. El inspector manipulo unos segundos, dando después una luz roja. Al volverse tenía en su mano una larga película.

—Ese individuo, con una cámara camuflada estaba dispuesto a retratar a todos los de la nueva promoción. Mira nuestros rostros y los de cuántos salieron antes que nosotros. Hay alguien —subrayó la palabra— que tiene deseos de conocer la identidad de los que trabajamos en el

F. B. I.

Larry Wilson, asombrado, inquirió:

—Pero... ¿cómo llegó a suponer?

—Fue poco prudente. Además, su cara me era conocida. Tropecé con él en un feo asunto de contrabando de licores. No me esperaba, sin duda, y desvió el rostro. Después, por si fuera poco, mis oídos captaron un ligero chasquido al impresionar la «foto», y ya no tuve duda. Me tiré a él brutalmente, convencido de que no me enfrentaba con un principiante. Consiguió escapar de mí, pero no de la muerte. Le asesinaron sus propios compañeros para que no

hablase.

Wilson le miró maravillado. Apenas comenzada su carrera estuvo a punto de morir. De no imitar al inspector, lanzándose a tierra, hubiera perecido asesinado del mismo modo que el «gángster». Así lo manifestó; pero Davis replicó sonriendo:

—No lo creas; te bastas y sobras para defenderte por ti solo. Vámonos. Ya nos dirán mañana qué ha sucedido.

Con aparente despreocupación del asunto penetraron en un potente «Cadillac», evitando un grupo de gente en torno al caído. Dentro del vehículo, que iba a moderada velocidad por las sombreadas avenidas de la ciudad, que fue llamada con frase certera «estrella central de una constelación que alumbra al mundo», Larry no pudo contenerse ante la indiferencia mostrada por Cort sobre la posible captura del automóvil negro, e inquirió:

—¿Cree que lo cogerán?

El interpelado, sonriendo, repuso:

—Me temo que no. Tendrían bien trazados sus planes. Tú no debes entremeterte. No olvides que estás disfrutando en permiso de treinta días. Hemos llegado.

El coche paró en North Capitol, y el joven, luego de estrechar la mano de su superior, bajó lentamente por la avenida hasta llegar a la de Georgia, próxima al Potomac, donde habitaba con su hermana Virginia.

Sintió una brusca sensación de inferioridad. No; él nunca sería como el inspector Davis. Era imposible igualarle.

Penetró en el piso utilizando el llavín. Su hermana le había dejado una nota sobre la mesa del comedor:

«Me ha invitado Henry a comer. En la nevera tienes embutidos y conservas. Volveré pronto *Virginia*».

Larry sonrió. Henry Godfrey rondaba a su hermana con el propósito de casarse con ella. Era un buen muchacho, de sólida posición económica que no le desagradaba.

No tenía apetito, y se sentó en uno de los cómodos butacones del despacho.

Para Wilson, que desde su nacimiento habitaba en Washington, no existía la agitación por la vida, clásica en América. Heredó de sus padres muertos el concepto patriarcal de la familia y el amor al

hogar. Y en la capital federal eso es fácil, pues sus calles sombreadas, sus grandes parques y jardines, dan a la ciudad un sosiego extraordinario. Pese a sus novecientos mil habitantes y a los progresos de la civilización, conserva aún el mismo sabor de campiña que cuando en 1780 Virginia y Maryland cedieron parte de sus territorios, poblados de charcas y bosque y que George Washington había de convertir en sede del Gobierno.

Encendió un cigarrillo, sirviéndose una copa de licor, y su pensamiento voló a Andrew, desaparecido misteriosamente de la Academia la noche antes de la llegada de Davis Cort para pronunciar el discurso de clausura. ¿Qué le habría sucedido? Su máxima ilusión era obtener el título con el número uno, y ello descartaba la idea de una fuga. ¿Alguna venganza?

¿Cómo emprender las investigaciones? Tiller, huérfano desde la niñez, residía en el New-Willard, de la avenida de Pennsylvania; pero allí no pudieron darle ninguna razón, a no ser que hace meses partió a Quántico.

Se esforzó en recordar la historia de su amigo, recogido piadosamente por unos extranjeros, que costearon sus estudios en la Universidad Católica de América. ¿Quiénes eran? Decidió averiguarlo, incorporándose decidido. El reloj dio tres campanadas. Iría a pie, dando un larguísimo paseo. Andar fue siempre su ejercicio preferido.

Absorto en sus meditaciones, recorrió varias calles, encontrándose de pronto en el Parque Gardfield, donde numerosos bancos, bajo los árboles, le brindaban acogedora sombra, que despreció para detenerse frente al edificio de la Corte Suprema. Mentalmente se trazó el itinerario, dirigiéndose por la avenida de Pennsylvania a la Casa Blanca, y desde allí tomó la avenida de Nueva York. Había pocos transeúntes en los paseos, pero fueron aumentando conforme se aproximaban las cuatro, hora en que la vida de la ciudad, eminentemente burocrática y comercial, cobrada singular animación.

Pasó a North Capitol. Un hombre tropezó con él, disculpándose cortésmente:

—Perdone.

Y desapareció por una próxima calleja. Larry sintió que en sus manos había un papel, y lo desdobló, leyendo, preso de asombro:

«Si quiere encontrar a Tiller, vaya esta noche al Parque Potomac, en el lugar donde desemboca el canal de Washington, frente al Arsenal de los Estados Unidos».

El mensaje carecía de firma. Corrió en dirección del desconocido. No vio a nadie cuyas señas coincidieran con las del que buscaba.

Procuró serenarse. Le facilitaban una pista, aunque fuese una emboscada. Faltaba la hora. Se fijó la de las once, mientras pasaba a Lincoln Avenue, que bordea el cementerio Glenwood y donde, frente al Asilo Militar, se alza la magnífica edificación de la Universidad Católica de América[1].

Como esperaba, le facilitaron el nombre del matrimonio que costó el grado a Andrew. Se trataba de los Luesenbrink, alemanes, que partieron a su patria dos años antes, ignorándose su paradero.

Excitado por la inminencia de los acontecimientos, decidió pasar el resto de la tarde entre un cinematógrafo y un «cabaret», donde cenaría. Y así lo hizo, en un vano deseo de calmar sus nervios.

La orquesta del «*night-club*» interpretaba, con pequeños intervalos de silencio, música de «jazz». Eran todavía las nueve de la noche y Larry se dispuso a aguardar una hora más en aquel ambiente distraído y acogedor.

Las mesas se iban llenando poco a poco y los habituales parroquianos pedían ligerísimas cenas a base de zumos de frutas, mermeladas y mantequilla. Los jóvenes bailaban con los rostros muy juntos.

Larry Wilson no había tenido próxima a él, desde que ingresara en la Academia, una mujer hermosa. Por ello, cuando vio a una muchacha atrayente, vestida con un traje azul vaporoso, no pudo contenerse y la invitó a bailar. Ella accedió con una sonrisa, y segundos después entablaban animada conversación.

—Quizá sea indiscreto. ¿Esperaba a alguien?

—No. Me aburría en casa —replicó ella con desenfado.

—Lo mismo me pasaba a mí. Me llamo Larry.

—Yo, Miriam. Miriam Cullens.

Con la presentación se animó la charla. Al terminar la pieza, el

joven sugirió:

—¿Me permite sentarme con usted? Aunque he de marcharme dentro de cincuenta minutos, me agradecería pasarlos a su lado y llevarme la esperanza de volverla a ver.

—Es usted muy impetuoso —replicó Miriam—, pero simpático. Sólo le impongo una condición.

—¿Cuál?

—La de no hacerme ninguna pregunta. Me agradecería empezar una aventura en la que la intriga fuese el principal aliciente. Por lo pronto, le he dicho un nombre falso.

La joven sonreía siempre, con una boca deliciosamente formada. Sus ojos negros, con una chispa de malicia o burla, eran terriblemente expresivos.

Tomaron una copa de «*champagne*». Larry, audaz, brindó, tuteándola:

—Por nuestra amistad y por tu belleza, misteriosa Miriam.

—Sea, Larry Wilson.

El se atragantó al oír su apellido. ¡Aquella mujer le conocía!

—¿Cómo sabes mi...?

Se contuvo. El dedo índice de ella se movía graciosamente frente a sus ojos.

—No —le interrumpió—. Usted es un hombre de palabra. Nada de preguntas. ¿Recuerda?

El agente del

F. B. I.,

sintiéndose ganado por el encanto de la muchacha, se contuvo. Sin embargo, una sorda irritación comenzó a invadirle. La mujer estaba en superioridad de condiciones. Picado en su amor propio, habló:

—Perdona. Observo que me sigues tratando muy ceremoniosa.

—Tal vez por costumbre.

—O por mantener la distancia. Señorita, creo que su postura es la mejor. Buenas noches.

Se levantó y, saludándola con una inclinación de cabeza, se dirigió a su mesa, sentándose. Desde allí, algo arrepentido de su anterior brusquedad, contempló a la joven, sin poder reprimir su admiración. Con aquel vestido de noche, al aire los redondos hombros, estaba deliciosa. Sus miradas se cruzaron y él apartó la suya. ¡Sentíase dominado!

Pagó, abandonando el local. La noche era maravillosa y las estrellas festoneaban el cielo en un alarde de blancura. Detuvo un «taxi», ordenando:

—Al sesenta de la avenida Virginia.

El número fue dado al azar. Luego, a pie, penetraría en el Parque Potomac y esperaría las anunciadas noticias sobre Andrew Tiller.

Malhumorado recordó a Miriam. ¿Le interesaba la mujer apenas conocida? Tuvo que reconocerlo así, aun a su pesar. ¿Quién era? ¿Cómo pudo informarse de su identidad? No fue un descuido, sino el afán de intriga. Con razón dijo que deseaba comenzar una aventura.

Miró por los cristales de la ventanilla. En ese momento el vehículo pasaba por la calle Dieciséis, llamada «calle del mundo», por estar instalados en ella los lujosos hoteles de las embajadas y departamentos culturales.

Fumó de nuevo, buscando en el tabaco el sedante de sus nervios. Al guardar la pitillera en el bolsillo interior izquierdo de la americana sus dedos rozaron la culata de la imponente «German Luger», arma que prefería a toda otra, por su probada eficacia y seguridad. Se recordó que obraba en nombre propio y no en el de la organización, prometiéndose ser prudente. Le sorprendió la voz del taxista.

—Hemos llegado, señor.

Apeóse, tras de abonar el importe de la carrera, caminando despacio bajo los árboles. Eran sólo las diez y media cuando torció a la derecha, desviándose de Virginia Avenue, que va a desembocar al río Anacostia, entrando en el Potomac por la parte que enlaza con Washington.

El parque estaba desierto. Pese a la vigilancia, pocos se atrevían a recorrerlo de noche. Raro era el mes en que los periódicos no denunciaban algún atraco por tan solitarios lugares.

Paseó bajo las frondas, en la dirección indicada en el mensaje, no pudiendo menos que detenerse ante los japoneses cerezos en flor, regalo del Japón a los Estados Unidos tras de firmar en Plymouth el tratado de paz con Rusia.

El silencio era absoluto. Al llegar a lugares selváticos, la oscuridad le envolvió. Los tupidos árboles no dejaban pasar la luz

de las estrellas.

Al fin, tras un largo recorrido, encontróse frente al Colegio de Guerra. Más abajo, separado por el canal de Washington, el Arsenal. Se detuvo a la orilla del río, tendiéndose en la hierba. Descansaría, pasando, al propio tiempo, desapercibido.

Transcurrió una hora lenta. Larry, aunque llevaba el deliberado propósito de no impacientarse, no pudo reprimir un movimiento de inquietud. Y en ese mismo instante sonaron varias detonaciones. El agente del

F. B. I.,

se irguió, escudándose detrás de un árbol. Algo silbó sobre su cabeza, cortando el viento. Unos centímetros encima de él se balanceaba un puñal, fuertemente clavado en el tronco. Atado al puño llevaba una nota:

«Si es necesario, proteja al perseguido».

¿Quién le vigilaba en las sombras? Iba a internarse en la espesura, decidido a desvanecer la incógnita, cuando oyó el chapoteo producido en el agua por un nadador que, sin duda, practicaba el «crawl», sin importarle hacerse oír.

Larry, de bruces en la tierra, esperó. Del otro lado del canal llegaban los disparos de los centinelas sembrando la alarma en la base. Sin duda, el que se acercaba era un fuera de la Ley. Vio cómo un hombre de edad madura saltaba a tierra, y entonces, incorporándose, le encañonó con su pistola:

—¡Alto! Si se mueve, le acribillo. ¿Quién es usted?

El interpelado, jadeando por el esfuerzo, respondió sin el menor síntoma de susto:

—Un amigo de Tiller. Seguramente necesita su ayuda. Me ha encargado le transmita que dentro de dos días le espera en Chicago, en el «*night-club*» de Twelfth Street, a las dos de la madrugada.

Se quitó la americana, escurriéndola, dejando ver un revólver en la funda sobaquera. Con la mayor tranquilidad el desconocido continuó:

—No supuse que me vieran los soldados. La labor ha quedado hecha.

Hablaba tan seguro de sí mismo, que Wilson guardó silencio durante unos segundos. Luego inquirió, sin dejar de apuntarle con

la «Luger»:

—¿Qué ha ido a hacer al Arsenal?

—A sorprender a unos tipos, y, ya ve, me han sorprendido a mí. A poco si no lo cuento. En fin, le dejo. No quiero coger una pulmonía.

Dio unos pasos para marcharse, pero Larry conminó:

—¡Quieto! Hará usted bien en acompañarme.

—Como guste —replicó el sujeto, sin inmutarse—. Siempre es preferible a ir solo.

Sin dejar de cubrirle con el arma, Wilson, precedido por aquel individuo, avanzó por el Potomac, oyendo la inagotable charla del extraño sujeto, de finos modales y porte distinguido:

—Siempre me entusiasmó este parque. Sus avenidas umbrías, sus macizos de flores, la ausencia total de rascacielos y cemento me llevan románticamente a otros tiempos. ¿No sabe usted que fue a un francés al que encargaron la construcción de la ciudad? No me extraña. Son muchos los washingtonianos que ignoran el nombre de Pierre Charles Lenfant. Si hoy esto es la capital de los Estados Unidos se debe, más que nada, a la tozudez de nuestros antecesores y a la idea de un gran general. Hace dos años tuve que vivir en Nueva York, y creí que me volvía loco. Allí no es posible hablar con el espíritu, rodeado de los «skyscrapers» de docenas de pisos que no permiten una amplia visión del cielo. Yo adoro Washington y, sobre todo, sus cerezos en flor. Estamos pasando ante ellos.

El desconocido se detuvo, y luego su brazo derecho movióse con inconcebible rapidez, propinando a Larry un fuerte golpe con la mano abierta en el cuello, debajo de la mandíbula. El joven sintió un terrible dolor y perdió el conocimiento.

Al recobrarlo, se encontró solo. Junto a la pistola había un nuevo mensaje:

«No lo olvide. Chicago. “*Night-club*”, de Twelfth Street».

Se llamó estúpido por confiarse, y amargado por el fracaso, alcanzó al fin la avenida de Virginia. Le molestaba terriblemente la cabeza.

Por un momento pensó ir a casa del inspector Davis Cort para pedirle consejo. Se contuvo. Sería tanto como declarar el engaño del

permiso obtenido para resolver una vieja herencia familiar.

Tomó un automóvil, que le condujo a casa. Rendido por tantas emociones, se quedó pronto dormido. Su sueño fue turbado por una única pesadilla: Miriam.

De pronto se incorporó en el lecho, cerrando los puños como para repeler una agresión. Alguien le tenía cogido por un hombro. Al abrir los ojos, vio a su hermana:

—Perdona; estaba soñando.

—Pues otra vez avisa, querido. Me has dado un buen susto. Parecía que ibas a comerme —replicó la joven jocosamente—. Ya tienes preparado el desayuno.

Luego de ducharse pasó al reducido comedorcito. Sobre una mesa había un periódico. Leyó en la primera plana en grandes titulares:

«DOS MUERTOS EN EL ARSENAL DE LOS ESTADOS UNIDOS»

La información, bastante confusa, daba la noticia de que, sobre las doce de la noche, la centinela oyó un fuerte tiroteo en el interior de una de las grandes naves. No se mencionaba para nada la huida del hombre que le golpeó en Potomac. En la columna de la derecha, y bajo el título de «¿Paz o guerra?», el editorialista comentaba la petición del Presidente al Congreso de grandes cantidades para la defensa nacional. Francia se derrumbaba bajo el poderío de las tropas alemanas.

Era el 6 de mayo de 1940...



II



OS cristales saltaron rotos por la fuerza de la onda expansiva. La detonación se dejó oír a muchas millas a la redonda, y el público corría horrorizado por las calles inmediatas al célebre rotativo «Chicago Tribune», sembrando la mayor de las confusiones. Unos, presos de psicosis de guerra, hablaban de un ataque aéreo; otros, los más lógicos, de un asalto a la antigua usanza. Pero la realidad era que había explotado una bomba en las oficinas de la Vigilance American Federation, sin ocasionar, por suerte, víctimas personales.

La Policía formó cordón en torno al edificio, ordenando caminar a los curiosos que pugnaban por detenerse, y un inspector se dirigió al cuarto piso, que encontró humeante todavía. Un hombre de mediana edad, que llevaba en su mano derecha una gran cartera de cuero, le dijo:

—Es inexplicable el atentado, señor.

—¿Cómo ha sido? —interrogó el delegado de la autoridad.

—Al parecer, una bomba colocada en la caja del reloj del vestíbulo. Sin duda era un artefacto de mecanismo retardado. En fin, tiene que disculparme que le deje. Me esperan para unos asuntos urgentes en Halsted Street. Mis empleados le atenderán.

—Bien, pero... sepamos primero quién es usted abordó decidido el policía.

El interpelado sacó unos documentos de la cartera, mostrándolos:

—Me llamo Josiah Barker, secretario del Vigilance American Federation. Si me necesitan, ahí tiene mi domicilio, en esa tarjeta.

Luego, sin esperar la respuesta, decidido, salió a la calle, montando en un lujoso «Cadillac» último modelo.

—A Halsted Street.

El vehículo enfiló en la dirección indicada. Detrás de él un pequeño «Ford» no le perdía la pista.

Pronto llegaron al bulevar Washington, y, cruzando frente al Parque de la Unión, doblaron Halsted Street. Sin moverse de su asiento, Josiah Barker ordenó:

—Para, Dimas.

Miró atento a ambos lados de la calle que conduce a la estación del ferrocarril de Illinois, junto al lago Michigan, y salió del coche. Unos metros delante de él se detuvo un automóvil, del cual descendieron dos hombres, que, fumando un cigarrillo, avanzaron en dirección opuesta.

Fue todo tan rápido, que cuando los transeúntes quisieron darse cuenta, Josiah yacía en el suelo con un puñal clavado en la espalda, y los dos sujetos huían, llevándose la cartera de la víctima.

Una mujer se desmayó y un hombre gritó algo a voces. Cuando un policía se acercó a investigar qué pasaba, el «Ford» de los agresores no se veía por parte alguna.

El agente escuchó las explicaciones que le daban los testigos presenciales del suceso, y luego, tranquilo, se dirigió a un teléfono público, no sin antes ordenar:

—Que nadie toque a ese hombre.

Una sola mirada le bastó para darse cuenta de que estaba muerto. El puñal le atravesó el corazón de parte a parte. Hallábase

acostumbrado a la brutalidad. Chicago siempre fue refugio de «gangsters» y malhechores de toda especie...

Mientras tanto, en un lujoso hotelito del paseo de la Costa del Lago dos hombres fumaban impacientes. Uno de ellos, joven, de gallarda presencia, no pudiendo contener su nerviosismo, exclamó:

—Le repito, Corrigan, que hizo mal en mandar a Morrivale a misión tan delicada. Es un bruto, carente de otra cualidad que la de la violencia.

—Vamos, cálmese. Tengo instrucciones del jefe. Por cierto que le manifesté sus deseos de conocerle, y me lo prometió para dentro de unos días. Ya sabe que tiene plena confianza en mí.

—No lo ignoro; mas recuerde, Nevis, que me llamaron para que trabajase con ustedes. Por tanto, me parecen necias todas las precauciones. No olvido lo que debo a la gran Alemania.

—Lo sabemos, Tiller. Por eso le enviamos aviso urgente al hotel a fin de que se reuniera con nosotros. De usted y de mí no sospecharán. Somos americanos. Dentro de unos días o de unos meses los Estados Unidos declararán la guerra a Alemania. Nosotros seguiremos en libertad. El jefe posee una completa información. Sabíamos que casi en la indigencia fue recogido por los Luesenbrink, que se comportaron como verdaderos padres. El temor de que no aceptara nuestra propuesta, denunciándonos, se eliminó al capturar a sus protectores y hacerle saber que cambiábamos su silencio por sus vidas. Nada de esto era necesario. Usted pertenecía ya al American

Citizen's

Committee, de Nueva York, y se había apartado por el desacierto de sus dirigentes. Y no le faltó razón. Todas las sociedades de ese tipo funcionan deplorablemente. Era necesaria la creación de una nueva que, con métodos enérgicos, impusiese su autoridad. Lo iremos consiguiendo. Los golpes de hoy serán definitivos.

—Así lo espero —fue la seca respuesta de Andrew Tiller.

Nevis Corrigan iba a seguir hablando, inflamado de entusiasmo, cuando se oyó la bocina de un automóvil.

—Ahí están —dijo, sentándose tras de una amplia mesa y encendiendo un nuevo cigarrillo—. Póngase a mi derecha —ordenó al joven—. Es posible que tengamos jaleo.

Segundos después, dos individuos, portando una cartera, entraron en la lujosa habitación, mitad sala de recibir, mitad despacho. Detuviéronse respetuosos a la puerta. Nevis les invitó, sonriendo:

—Pasad, muchachos. No os quedéis ahí. ¿Qué tal todo, Morrivale?

—Bien, jefe, pero tuvimos que suprimirle.

—¡Imbécil! —barbotó Corrigan, violento—. ¿Por qué no cumpliste mis órdenes?

—No pudo ser —respondió el «gángster» sin inmutarse—. Era un hombre sereno, que, sin oponer resistencia, se limitó a mirarme a la cara. Después le hubiese sido fácil identificarme en la Delegación de Policía, mediante la revisión de fichas. Le clave un cuchillo. No nos convenía a ninguno que viviera.

—¿Es cierto eso, Hogan?

—No pude darme cuenta. Ya sabe usted que Morrivale es muy rápido y apenas pude seguir sus movimientos —replicó el fuera de la ley.

Nevis reflexionó unos segundos, con la mirada fija en el que llevaba la cartera, el cual se apresuró a aclarar:

—Lo interesante era obtener los papeles, y aquí están. Tome, «boss».

Carrigan hundió la mano en uno de los semi-abiertos cajones, sacando de él una pistola provista de silenciador. Habló:

—Escucha, Morrivale. Un robo puede atribuirse a cualquier delincuente vulgar; mas pocos malhechores asesinan para un atraco personal. Movilizarán el Departamento de Policía en tu busca.

Mientras tal decía, iba alzando la pistola hasta apuntar al corazón del «gángster», que llevó la mano a la funda sobaquera, sin conseguir realizar sus propósitos, pues sonó un leve chasquido y una bala se le clavó en el lado izquierdo del pecho. El jefe, incorporándose, ordenó fríamente a Hogan, que esperaba morir de un momento a otro:

—Hazle desaparecer esta noche, arrojándolo al Michigan. Ése es el pago que doy a quien desobedece mis órdenes. No lo olvides. Ya puedes marcharte.

El «gángster» desapareció presuroso, llevando consigo el cadáver de su compañero. Andrew Tiller preguntó fríamente:

—¿Por qué esa crueldad, Nevis? No era necesaria.

—Sí; estábamos hartos de Morrivale y desconfiábamos de él. Ese hombre no tenía otra ambición que el dinero. De ofrecerle alguien más no hubiera dudado en traicionarnos. Sin embargo, necesitábamos un pretexto para justificar su asesinato. La gente del hampa, Tiller, posee un gran sentido de camaradería. No ignorábamos que gozaba asesinando. Por eso le enviamos al encuentro de Josiah Barker para que nos desobedeciera, dándonos lugar a castigarle. Luego, Hogan, en el «*night-club*», contará lo sucedido a los demás, robusteciéndose la disciplina.

—Pero Josiah... —insinuó Andrew.

—Tenga, lea. Todas las organizaciones del Frente Blanco, perseguidas por el

F. B. I.,

desde poco después de su fundación por el aviador Charles Lindbergh, son falsamente consideradas como fascistas. Se trata nada más que de un nuevo partido político que, con mayor o menor acierto, busca el engrandecimiento de la patria. Hace muchos años llegaron unos agentes secretos alemanes, entrevistándose con los presidentes de las distintas delegaciones del país. Ofrecieron la ayuda incondicional de la patria a cambio de informes políticos y militares. No sólo se negaron en rotundo los considerados adictos al nazismo, sino que, en algunos casos, reaccionaron violentamente, ordenando la detención de los germanos. Comprendimos que no había nada que hacer e improvisamos una extensa red de espionaje, gozándonos en el error de las autoridades al considerar al Frente Blanco enemigo de la patria. Mientras el

F. B. I.,

les seguía a ellos, reconocidos oficialmente, nosotros operábamos en la impunidad. Pero eso iba a cesar ahora. La Vigilance American Federation, por medio de ese documento, iba a recabar las firmas de los presidentes locales para ponerse incondicionalmente al lado de su país. No nos interesaba que llegase a efecto.

El timbre del teléfono repiqueteó, interrumpiéndole. Carrigan cogió el auricular, escuchando, sin pronunciar una palabra. Luego, con el semblante alegre, dijo:

—Ha sido un éxito lo del «Chicago Tribune». En fin, a lo que íbamos, Andrew. Desaparecido Josiah Barker, secretario general,

reinará el confucionismo entre el resto de las organizaciones y nuevamente centraremos la acción de la Policía en el Frente Blanco. Como verá, el plan no puede ser más perfecto.

Así tuvo que reconocerlo Tiller, que, habilidoso, sugirió:

—A veces pienso que el jefe supremo es usted, Nevis. Se entusiasma con exceso.

La voz del espía cambió bruscamente de tono, transformándose en hosca, rencorosa:

—No, Andrew, pero odio a América. Quizá algún día le cuente las razones que me impulsan a la venganza. Pongo todo mi corazón en favor de los que un día serán enemigos de los Estados Unidos. Vámonos de aquí. Nos necesitarán en Twelfth Street. El cargamento está a punto de llegar y no podemos descuidarnos. Piense que nuestros gastos son muchos y no debemos gravar al país que servimos por vocación.

Charlando, los dos hombres salieron a un sombreado jardín, penetrando en un «Studebaker», que se puso en marcha en dirección al centro comercial de la ciudad. Comenzaba a anochecer.

—¿Qué tal esas vacaciones, Larry?

El muchacho, por un momento, creyó ver una sombra de ironía en los ojos del inspector, pero desechó prontamente la idea, respondiendo:

—Regular nada más. Mañana, a las nueve, salgo para Chicago.

—Pues que tengas buen viaje y que todo se te arregle —se despidió David Cort, dándole una cariñosa palmada en el hombro.

Ya solo, el joven dudó unos segundos. Eran las once de la noche. Necesitaba irse a casa a descansar para la jornada del siguiente día. Sin embargo...

Pudo más el deseo de ver de nuevo a la que dijo llamarse Miriam Cullens, y se encaminó al «*night-club*», que estaba lleno a rebosar. Buscó una mesa vacía sin hallarla, descubriendo a la enigmática mujer que consiguió hacerle perder con la paciencia el dominio de sus nervios. Se acercó decidido:

—Perdona. No hay un solo sitio vacante. ¿Te resignas a soportarme?

—¡Qué remedio me queda! —aceptó ella sonriendo con una cómica expresión de disgusto.

Hubo un largo silencio. Larry Wilson se disculpó:

—Anoche me comporté incorrectamente. A veces soy demasiado...

Se contuvo al ver un ligero brillo de burla en los ojos de Miriam, que le invitó:

—Sigue. Apuesto a que acabarás haciéndome el amor.

—Te equivocas. Tengo cosas más serias en qué pensar. Además...

—¿Qué?

—La mujer que sea mi esposa ha de contestar a las preguntas que le haga. No me agradan las incógnitas.

Rieron los dos de la agudeza y la conversación tomó otros derroteros más gratos. Bailaron varias piezas y en uno de los giros de una «samba», Larry tropezó con su hermana que, en unión de Henry Godfrey, ocupaba una de las mesas próximas a la suya.

—Perdonad. No os había visto.

—Es natural —respondió Virginia graciosamente—. Desde que entraste no has tenido ojos más que para esa señorita que te acompaña.

Salieron los cuatro de la pista. La hermana del agente del F. B. I.,

era morena y vivaracha, de una gran simpatía. Pronto las dos jóvenes charlaban de esas mil bagatelas que constituyen la preocupación del sexo débil. Henry se refirió a la baja que estaba experimentando la Bolsa de resultados del pánico que inspiraba la situación internacional. Agregó:

—Yo, chico, no creo que haya guerra. Se tienen todos demasiado pánico para pensar en ello. Por si acaso, estoy intentando decidir a Virginia para qué se case conmigo, sin conseguirlo.

—¿Qué dices? —Medió la muchacha, cesando en su charla con Miriam.

—Que tiene una magnífica cosecha de calabazas —corroboró Larry entre las risas generales.

En ese instante hubo un brusco apagón de la luz. Larry sintió que algo se movía a su derecha seguido de un golpe seco. Se incorporó extrañado.

—¿Os pasa algo? —inquirió.

—No —respondió su hermana, tranquila.

—¿Y a ti, Miriam?

No obtuvo respuesta. Insistió con el mismo resultado, extendiendo las manos hacia el sitio donde debía estar la muchacha. Tanteó el aire.

Se iluminó de nuevo el salón. Virginia dio un grito de espanto. En el respaldo de la silla de Miriam vibraba todavía un puñal.

—No se asuste —anunció la muchacha, incorporándose de debajo de la mesa—. Por fortuna, aún estoy viva. No se moleste en avisar a nadie —dijo a un camarero que se acercaba—. Si quiere aceptar alguna versión, créase que soy muy amiga de lo espectacular y quise dar a mis compañeros una broma.



No se asuste y celebremos mi nacimiento.

—Yo estimo que... —rezongó el sirviente.

—Usted se calla y sólo nos trae una botella de champaña para festejar mi nacimiento —le interrumpió la joven, con singular energía.

—Muy valiente —comentó Larry.

—¡Bah! No merece la pena. Me guardaré el arma como recuerdo de una presentación desafortunada.

Y, al decir tales palabras, miraba fijamente a Henry Godfrey.

No obstante, con tan desagradable suceso, la reunión fue breve. Virginia y su acompañante se despidieron en seguida, dejándoles solos. Larry preguntó con mal disimulada ansiedad:

—¿Puedo ayudarla, Miriam? Presumo que se encuentra rodeada de peligros y sin un solo amigo. Me agradecería serle útil.

Ella agradeció con la mirada las palabras del muchacho y, poniendo sus manos sobre las de él, contestó:

—Gracias. Desearé que ésta no sea la última vez que nos veamos. Y ahora lo siento. He de marcharme.

—¿La acompaño?

—No; prefiero ir sola. No tema. Nada puede ocurrirme.

Despidióse con una sonrisa encantadora. Larry abonó lo consumido, meditando. ¿Quién era aquella mujer? La incógnita siguió en pie cuando abandonaba el local. Sólo de una cosa estaba seguro: de que era maravillosa...



DESCONFA DE LOS LIBROS USADOS
POR OTROS
¡HAY ENFERMEDADES CONTAGIOSAS!

III



PENAS puso pie en la ciudad de Chicago, abandonando el aeródromo, Larry Wilson tuvo la sorpresa más grande de su vida, al ver cómo se le acercaba Miriam Cullens.

—¡Vaya! —comentó burlona la muchacha—. Al parecer, sigo condenada a tenerle que soportar. Supongo que no me habrá venido siguiendo.

—Supone usted bien —fue la réplica, un poco áspera, del muchacho—. Casi estoy empezando a sospechar que sucede lo contrario. ¿Llegó en el portaequipajes?

—No; en un avión particular. Cuando despegamos le vi en tierra todavía y me propuse darle la bienvenida.

De nuevo, el joven agente especial sintióse irritado por el cinismo de su interlocutora. Repuso, seco:

—¿Y qué más?

—Pues... nada. Que ya me voy.

Y dando media vuelta dejó a Larry plantado, confundiéndose entre la multitud.

Siguió tras ella, perdiéndola varias veces. Al fin vio que tomaba un «taxi» y la imitó, indicando al conductor:

—Cinco dólares si no pierde la pista.

Wilson conocía Chicago, por haber permanecido allí durante dos años, en su época de fracasado. Por eso observó que el automóvil que llevaba a Miriam internábase por la avenida Wester, que corta la ciudad de norte a sur, bajando por ella hasta la calle Harrison, donde paró. Con gran asombro salieron del vehículo dos hombres, llevando en medio a la muchacha.

Larry pagó la carrera. Sin duda, aquellos individuos la esperaban. Les vio desaparecer en la casa de la esquina y se dispuso a investigar las misteriosas actividades de Miriam. Hasta la noche no tenía prisa alguna.

Miró en derredor suyo. Frente al lugar donde entrara la joven, unos metros a la izquierda, había una mezcla de restaurante y taberna. Entró, situándose junto a una gran ventana, desde la que se divisaba el portal. Pidió de comer y luego café, agotando su provisión de cigarrillos.

Distraída por la reciente conversación, Miriam Cullens no reparó que en el asiento trasero del «taxi», dos hombres, pistola en mano, la apuntaban decididos. Ya en el interior dióse cuenta de la emboscada, pero era tarde.

—¡Quieta, señorita! Lamentaríamos tenerla que matar.

La muchacha, sorprendida, no respondió. Luego, sentándose entre los desconocidos, dijo, indiferente en apariencia:

—Bien. Supongo que pagarán ustedes el viaje. Voy al Gran Hotel del Norte.

—No se preocupe. Nosotros le facilitaremos el alojamiento.

Hubo unas risas ahogadas. Ella insistió:

—Pero... ¿mis maletas?

—No se preocupe. Es posible que no le vuelvan a hacer falta.

El tono era áspero, frío. La muchacha no pudo contener un estremecimiento. ¡Si pudiera abrir el bolso! Pero también esa esperanza se desvaneció, pues uno de los que iban con ella lo hizo,

extrayendo un pequeño revólver. Hubo un comentario burlón:

—Vaya. ¿Temía a los «gangsters»?

—Sí, y veo que no me he equivocado. En fin, esperaremos los acontecimientos.

Aparentando tranquilidad se recostó en el respaldo. Los dos hombres la miraban asombrados. Ella entornó los ojos, concentrándose. ¿Quiénes serían sus raptores? De sus intenciones no quedaba duda alguna. Las palabras cambiadas sobre el equipaje la hicieron temer un fin desastroso. Les daría una lección de valor:

—¿Puedo coger un cigarrillo? Lo digo por si temen saque algún cañón de la pitillera.

—¿Bromeas, monada? Dentro de un rato no te quedará humor para hacerlo. Toma uno de los míos. No nos fiamos nada de ti.

Disimulando un gesto de contrariedad, la muchacha aceptó lo que la ofrecían. Extrajo un diminuto mechero, encendiendo con pulso firme. Después dijo:

—Si fuese un hombre os echaría a patadas del coche. ¿Dónde me lleváis?

—A un hotel de primera... ¡con calefacción permanente!

Los «gangsters» soltaron una carcajada. Por la gran Wester Avenue, de extraordinaria anchura, pasaban grandes masas de vehículos. No sin razón Chicago está considerada como la segunda ciudad de la América del Norte.

El coche se detuvo.

—Si gritas o haces el menor movimiento, puedes despedirte del mundo de los vivos.

Miriam sabía que no se trataba de una amenaza por asustarla. Aquellos sujetos eran capaces de todo.

Ya dentro del gran portalón, vio cómo los músculos faciales de los individuos, distendidos, se relajaban, apareciendo en sus rostros una expresión de alivio. Un portero, de cara deforme, salió a recibirles, poniéndoles el ascensor, que subió veloz hasta el tercero y último de los pisos.

Atravesaron una serie de pasillos, llegando, al fin, a un despacho, donde un hombre miraba fijamente a otro que, atado de pies y manos, sangraba por la frente de una ancha herida. Miriam no pudo contener un gesto de espanto y sorpresa. ¡Era Ellis!

—Pase, señorita. No se quede ahí, en la puerta, con cara de

terror. Veo que conoce a este caballero. Es buena persona, pero muy testarudo. Quizá usted nos ayude a convencerle. Siéntese.

Nevis Corrigan, adoptando gestos de un auténtico «*gentlemen*», hablase puesto en pie. Se disculpó de nuevo:

—Lamentaría que la hubiesen tratado mal. Estos chicos son un poco bruscos. Sentarse al fondo, muchachos.

—Tenga el bolso, jefe. Tal vez encuentre algo que le interese.

El «boss» hizo un minucioso registro, desgarrando el forro.

—¡Bárbaro! Me costó quince dólares hace ocho días.

—Son... bienes temporales. Hemos de aprender a desprendernos de tales minucias. La pitillera, el mechero, el estuche de maquillaje... Todo eso podrá llevárselo, si es amable.

—¿Quiere explicarse mejor?

—Con mucho gusto. Nuestros agentes la han estado siguiendo en Washington durante bastantes semanas. La han visto conversar con este señor. ¿Quiere aclararnos de qué hablaban?

—De nada. Es la primera vez que le veo —fue la seca respuesta.

Nevis Corrigan, chasqueando la lengua, insistió:

—Malo, señorita. Desearía ser bueno con usted. Por favor, antes de responderme otra vez: ¿quiere mirarle a la cara? No lo ha hecho desde que se sentó frente a mí. Ha dominado con exceso su curiosidad para que le sea indiferente.

Miriam Cullens se mordió los labios. Hasta entonces no se dio cuenta de la privilegiada inteligencia del que la estaba interrogando. Decidida, posó sus ojos sobre el amoratado rostro del cautivo, sin que en ellos se leyera la menor señal de identificación. El detenido, por su parte, no movió un solo músculo.

—Insisto en que no le conozco.

La voz del «boss» sonaba ahora cargada de amenazas. Nevis Corrigan mostrábase tal cual era, brutal, despiadado. Dijo:

—Escuche. Sabemos que ese hombre y usted pertenecen al Servicio Secreto. Nos interesa conocer qué es lo que buscan en Chicago.

—Creí que sus espías le habían informado también —ironizó la muchacha, palideciendo.

—No lo eche a broma, señorita. Quiero que observe algo que le hará reflexionar —se encaró con el preso, diciéndole—. Por última vez, agente Ellis. ¿Qué órdenes ha recibido del Departamento de

Justicia de Washington?

La voz del detenido, cansada, se dejó oír:

—Le repito por millonésima vez que soy Bob Frankel. Ahí, sobre su mesa, tiene mis papeles y el carnet de la Cámara de Comercio. Vine a Chicago a enterarme del precio de fábrica de determinados artículos, para hacer un pedido.

—Lástima —comentó Corrigan, que había recuperado el dominio de sus nervios. Tocó un timbre sobre la mesa, apareciendo un individuo, al que ordenó—: Di a Hokkata que suba con el «barniz de las uñas». Luego, volviéndose a Miriam y sin prestar atención al hombre, aclaró: Es un japonés que tengo a mis órdenes desde hace años. Fiel como un perro, se dejaría matar por mí. No pide dinero. Únicamente opio varias veces al día. Siento de veras el espectáculo que voy a ofrecerla, pero es conveniente que lo presencie en otro a que lo experimente. Pasa, Okkata. Son casi de la familia.

Con una gran reverencia entró un individuo de pequeña estatura y edad indefinida. Su cara, llena de arrugas, tenía una expresión diabólica. Cruzó unas palabras en japonés con el «boss» y luego, decidido, se dirigió al preso, no sin antes sacar de los bolsillos unas delgadas tiras de bambú de medio centímetro de ancho y cinco de largo, que puso en fila sobre la mesa. Entonces habló en inglés por vez primera. El timbre de su voz era agudo, desagradable:

—Ceda, señor. Es terrible lo que le espela.

El agente Ellis le miró con desprecio infinito, replicando:

—Dentro de muy pocos años estarás completamente loco de tanto fumar opio. Supuse que el Japón no se vendía a América.

Los ojillos del oriental bailaron dentro de sus órbitas, terriblemente expresivos, evidenciando una ira feroz. Luego, volvióse hacia Nevis, que le hizo un gesto con la cabeza. Podía empezar.

Miriam ahogó un grito de espanto al ver cómo Hokkata introducía entre la uña y la carne del detenido una de las tiras de bambú. Ellis pestañeó, pero no hizo ni un gesto.

Una a una fue clavando las astillas, hasta completar la mano derecha, que apenas si sangraba. El japonés era un maestro en la tortura.

El hombre, pálido, se dirigió a Miriam, diciéndole con la voz

enronquecida:

—Desprécíelos, señorita. Son unos cobardes. Aun suponiendo que tuviera que decirles algo, no lo haga. Sólo inspiran asco.

La muchacha comprendió. David Ellis, su jefe inmediato, le daba órdenes. La vida por el servicio de la patria, el más alto ideal. Y, como siempre, con un ejemplo admirable.

Hokkata, enfurecido por la extraordinaria resistencia, clavó más y más deliberadamente las astillas, hundiéndolas de modo inconcebible. Ella, desencajada, quiso apartar los ojos de tan bárbaro suplicio, pero Nevis Corrigan la ordenó:

—¡Mire!

Obedeció, sintiendo que el sudor la cubría la frente. Pronto diez tiras de bambú sobresalían como uñas monstruosas. El sufrimiento de Davis Ellis debía ser intensísimo, a juzgar por su pétrea faz. Sin embargo, de su boca no salió un gemido. El condenado a tan bárbara pena volvió la cabeza, mirando a los dos «gangsters» que, sentados en cómodos butacones, tenían una indescriptible expresión de espanto. Uno de ellos jadeaba:

—Véalos, señorita. Son fuera de la ley. Americanos renegados y, en suma, cobardes. No valen ni la corriente que se empleará un día en ajusticiarlos. ¡Y pensar que andan libres! Deles una lección y no se doblegue.

Seguían las órdenes. Miriam, ante el temple maravilloso, se irguió en el asiento. Corrigan, observando su actitud decidida, mandó al oriental:

—Continúa.

Hokkata prendió fuego las maderas con extraordinaria rapidez para que la combustión fuese regular. Las manos de David Ellis ardían. Fascinada la joven, vio cómo las llamas violáceas se aproximaban a la carne y un olor indefinible se expandió por la estancia. Su jefe movió ligeramente el cuerpo. Atado por las muñecas a los brazos de un sillón de madera aguantaba el tormento con una increíble entereza. El olor a carne quemada se hizo más fuerte, y Miriam, incapaz de resistir por más tiempo, se desmayó...

—Llevala a una habitación. Tú, Hogan, ponte de guardia. Me respondes de ella con tu vida.

—Bien, «boss» —replicó el «gángster» tomándola en sus brazos y sacándola.

Una vez solos, Nevis Corrigan se levantó airado, golpeando brutal el rostro del preso hasta derribarle con silla y todo. Luego ordenó al japonés:

—Sigue.

Hokkata sacó un afilado puñal, acercándolo al pecho del bravo David Ellis, que sonrió con desprecio... En sus muchos años de servicio y sacrificio aprendió a dominar el instinto. Moriría gozoso de saber que sus compañeros encargarianse de vengarle, haciendo justicia. Llevó su pensamiento a la bandera de su patria y respiró profundamente al sentir cómo el cuchillo del oriental se clavaba en sus centros nerviosos...

Eran ya las seis de la tarde. ¿Cuántas horas llevaba vigilando?

Larry Wilson salió a la calle, penetrando en un «drug», donde tomó una copa de licor. Permanecer por más tiempo en el restaurante era atraer la atención de los camareros. En la barra pidió a una de las señoritas:

—Por favor. ¿La guía de teléfonos?

Con ella en la mano salió a la puerta. El corazón le impulsaba a no perder de vista el portal por donde desapareciera horas antes Miriam. La casa, esquina a la calle de Morrison con la avenida de Wester, figuraba como una Sociedad Alemana de Mineralogía.

¡Alemana! Recordó lo que en Quántico le enseñaron sobre espionaje. No podía ser. Aquella muchacha era buena. Sin embargo..., ¿por qué razón su comportamiento tan misterioso?

Decidido a no cejar en sus investigaciones, paseó por el bulevar. La cita misteriosa en Twelfth Street fue concertada para las dos de la mañana.

Aunque lo pretendió, no pudo alejar de sí la idea de que Miriam se encontraba en un apuro y por un momento pensó entrar en el edificio. La prudencia le dictó esperar. La joven no llevaba equipaje. Sin duda, fue trasladado directamente desde el aeródromo a uno de los lujosos hoteles de Chicago. Las horas hacíanse interminablemente largas. Se encendieron los faroles eléctricos y pronto, a las ocho, aproximadamente, pasaron junto a él numerosos viandantes que salían, sin duda, de sus trabajos. Únicamente la puerta del caserón permanecía solitaria. De vez en vez, un galoneado portero asomábase al exterior...

Cuando Miriam Cullens se despertó le dolía terriblemente la cabeza. Se asomó a una enrejada ventana de un tercer piso, siendo grande su desconsuelo al reparar en que no daba a la calle, sino a un jardín de la misma casa. Tampoco era factible su idea de lanzar un mensaje.

Consultó el reloj. Las once de la noche. ¿Cómo estuvo tantas horas privada del sentido? La respuesta la tuvo al alzarse una de las mangas y ver un diminuto orificio, ligeramente rojizo. Le habían inyectado un narcótico.

Examinó fríamente la situación, reconociéndola desesperada. Aunque aquellos hombres eran americanos, sabía que se trataba únicamente de subordinados. La identidad del jefe era la que a ella y a todo el departamento del

O. S. S.,

[2] les interesaba descubrir. Estaba en juego la vida de la nación y su futuro.

El recuerdo de David Ellis la hizo estremecer. ¿Qué habría sido de él? La respuesta iba a tenerla dentro de breves minutos, pues la puerta se abrió. Hogan ordenó:

—Salga y sígame.

Obedeció. Era necio intentar resistirse. Si tuviese la pitillera, tal vez conseguiría librarse del fin horrible a que, sin duda, habríanla condenado. Otro «gángster» esperaba fuera.

Bajaron al piso inferior, y allí, luego de cambiar unas palabras con un individuo, descendieron por una escalera de mármol jaspeado, llegando al ancho portal, donde Nevis Corrigan esperaba junto a un soberbio «Studebaker» de gran potencia.

—Suba.

Dentro del vehículo iban dos «gangsters», el «boss», ella y el japonés. Junto al conductor el bulto de un hombre, insensible, al parecer.

El coche arrancó, saliendo. Las luces del automóvil estaban apagadas y las ventanillas, cubiertas por negras cortinas.

Nadie hablaba, oyéndose sólo el mosconeo del motor a través del abierto cristal que comunicaba con la cabina del que conducía. Miriam estiró levemente las piernas, tropezando con algo duro. Los «gangsters», que iban frente a ella, cuchichearon entre sí. La muchacha comprendió. Iban armados de ametralladoras.

El «Studebaker» siguió por la avenida Wester hasta alcanzar la de Hogden, pasando frente al Parque Douglas, para alcanzar después la calle Cuarenta. Luego atravesó el canal de Illinois, enfilando Archer Avenue, hasta la calle Cuarenta y Ocho, que siguieron.

Miriam, que miraba hacia adelante, en la dirección del conductor, tuvo un mal presentimiento. Al no venderla los ojos era porque pensaban eliminarla después de conseguidos sus propósitos.

Intentó reconocer el bulto de delante, con la cabeza inclinada a uno de los lados, y desistió. Sin duda se trataba de Ellis.

Al fin, el vehículo se detuvo. La calle estaba totalmente desierta.

Nevis Corrigan introdujo una gruesa llave en la cerradura de una puerta metálica, que se abrió. El olor a ganado la hizo comprender que se encontraba en los famosos Union Stockyards, los grandes depósitos de ganado de más de dos kilómetros de superficie. ¿Qué perseguirían allí?

Cruzaron amplias naves, en las que las reses eran sacrificadas hasta llegar a los establos, con largas filas de artesas de agua y comederos.

Caminaban ayudándose de linternas. Al fin, se detuvieron en una habitación pequeña, con el suelo de piedra. En una pared, dos grandes garfios metálicos.

Encendieron la luz. Miriam dio un grito de espanto al ver rodar ante ella el cadáver de Davis Ellis. Se tapó la cara con las manos, pero la obligaron a mirar:

—Responde —se oyó la voz inexorable de Nevis Corrigan—. ¿Pertenece al Servicio Secreto o no?

La muchacha no contestó. Entonces el miserable jefe de aquella cuadrilla de bandidos amenazó:

—Por última vez te repito la pregunta. Si no contestas, te colgaremos de esos ganchos y Hokkamoto se encargará de ti. Tu fin será terrible. Cuando hayas muerto será fácil borrar las huellas. Hay mangueras adosadas a las paredes para la limpieza diaria.

Viendo cómo avanzaba el oriental, Miriam gritó histéricamente:

—¡No!... ¡No!...

—¡Habla! —rugió Corrigan.

Pero en ése instante sonaron dos detonaciones. El japonés, que casi había puesto sus manos sobre la joven, cayó para no levantarse

más, con el corazón atravesado de un balazo y la luz se apagó entre un estrépito de cristales.

Una sombra entró en la habitación y, cogiendo por el talle a la muchacha, salió con ella, no sin antes disparar por dos veces desde el suelo, elevando la mano todo lo posible para hacer creer a los fuera de la ley que se hallaba en pie. Le contestó una granizada de balas y una ametralladora comenzó a tronar. Mas ya los dos jóvenes corrían por los establos hacia el exterior.

Larry Wilson, que tan oportuno llegara, se detuvo unos segundos frente a la puerta metálica y luego, con paso normal, llevando a Miriam detrás, se dirigió al coche. El «gángster» que le guardaba le dejó llegar hasta muy cerca y, de pronto, hizo un movimiento extraño. Acababa de reconocer a la muchacha.

La «German Luger» del agente del
F. B. I.,

ladró una sola vez y el miserable recibió el impacto en la frente.

Sin perder un segundo, Larry ordenó:

—Entra atrás. Yo conduciré.

Y antes de que Nevis Corrigan y los suyos salieran del depósito de ganado, el «Studebaker» volaba por la calle Cuarenta y Ocho.

—¿Cómo conseguiste descubrirme? —preguntó ella.

—Me extrañó verte entrar en esa casa con dos individuos. Estuve toda la tarde al acecho y seguí desde un «taxi» a tus raptos. Por fortuna, llegué a tiempo.

—¿Dónde vamos? —inquirió de nuevo Miriam.

—A la Delegación de Policía. Daremos cuenta de lo sucedido. ¿Tienes alguna razón para no ir, agente Miriam Cullens, del Servicio Secreto?

Dio un respingo en el asiento al oír la respuesta:

—No, agente Larry Wilson, número dos de la última promoción del Federal Bureau of Investigation...



¿LA MEJOR COLECCION SOBRE EL OESTE AMERICANO?

¡LA « EXTRAORDINARIA DEL OESTE » !

IV



AS tenido una magnífica idea. Este «nigth-club» es delicioso. La música obra en los nervios como un sedante.

—Desde luego. No olvides que soy persona de buen gusto.

El joven sonreía al hacer tan presuntuosa y burlona afirmación. Ella se limitó a fruncir la nariz en gesto de burla y luego paseó su mirada por el espléndido salón de Twelfth Street, iluminado con gran delicadeza por luces indirectas. En el centro había una gran araña de cristal, precisamente sobre la pista de baile. Al fondo, un decorado de paisaje tropical para la orquesta. Un buen número de jóvenes danzaban.

—¿Qué habrá encontrado a estas horas la Policía?

—¡Oh Miriam! No me decepciones. Pensaba en tu espléndida

belleza. De todas formas, mañana pasaremos por allí, a dar un paseo. Manifestaste mucho interés por esa pitillera. ¿Qué es lo que contiene?

—Cigarrillos. Es... un recuerdo.

—¿Sentimental?

—¡Larry, por Dios! Nosotros carecemos de esos atributos. América es el país del materialismo. Carece de arte, de pureza de sangre, de conquistas gloriosas... Es el país del dólar. No vamos a ser nosotros una excepción.

La voz de la muchacha sonaba irónica. Larry Wilson, antes de responder, consultó de nuevo el reloj de pulsera. Eran ya las tres de la mañana y nada sucedía.

—El champaña, señores —dijeron a su izquierda.

El agente del

F. B. I.

volvió ligeramente la cabeza. Por un momento fue a responder que él no había solicitado más licor, pero se contuvo. El sirviente, sin una palabra, colocó la cubeta sobre la mesa, retirando la anterior. Larry dióse cuenta de que el hombre procuraba dejar fuera del hielo una parte del papel plateado, donde había unos puntos y rayas significativos. ¡Acababa de llegarle un mensaje! Leyó, en morse:

«Mañana, once noche, contrabando armas “Lake Shore Drive”. “Camouflage” juguetería. Avisa
F. B. I.».

Algo desconcertado, el joven sirvió dos copas, hundiendo totalmente la botella en él hielo. Tan disimulada fue su acción que ni aun Miriam reparó en ella. Dijo, alegre ya:

—¿De qué hablábamos? ¿De espiritualidad? Si te parece, te invito a dar un paseo por Chicago. Es hermoso hacerlo en la noche, sin los ruidos de la capital. Charlaremos de muchas cosas y, tal vez, me declare a ti.

Pese al tono burlón de Larry, la muchacha intuyó que deseaba decirle algo, lejos de posibles oídos indiscretos. Accedió. Iba a levantarse, cuando Wilson, cogiéndola del brazo, rogó:

—Tomemos antes una copa.

Necesitaba ver si habían desaparecido los signos y, tranquilo a este respecto, salieron del establecimiento. Larry, echando su brazo

derecho sobre el cuello de la muchacha, ordenó a un taxista que dormitaba sobre el volante:

—Llévenos al Parque Humboldt..., si no le importa. Pasa, querida.

Simulaba hallarse embriagado. Las calles, de pavimento de macadán, relucían bajo los faros del automóvil. Durante todo el trayecto no hablaron una sola palabra y al apearse el agente del F. B. I.,

fue espléndido en el pago. El conductor les despidió respetuoso:

—«Good-bye, *sir*;
good-bye,
mis[3]».

Anduvieron unos metros, hasta que el coche se perdió de vista. Entonces, Larry cesó en la farsa, diciendo a la muchacha:

—Sospeché en un principio. Estaba demasiado oportuno en la salida, y quise confiarle con mi borrachera. De todas formas, nos alejaremos de aquí.

Miriam se cogió de su brazo y caminaron por la avenida de Chicago hasta alcanzar el paseo de la orilla del Lago. Ella inquirió, al ver que tomaban la dirección de la boca del puerto.

—¿Qué pretendes?

—Tener una larga conversación sin testigos. Además, pasear románticamente a la luz de la luna. Sólo en medio del Michigan me siento seguro.

No les costó trabajo convencer a uno de los vigilantes para que les dejara utilizar una lancha de remos. La propina fue más alta que el valor intrínseco de la embarcación. El hombre no sospechó, confundiéndoles con dos enamorados.

La noche era magnífica cuando el agente del F. B. I.,

impulsó el bote lejos de la costa. Larry remaba rítmicamente, moviendo veloz la frágil barquilla. La luna brillaba en lo alto, siendo oscurecida a veces por el paso de pequeñas nubes que parecían cubrir al disco plateado con vaporosos velos. Miriam fumaba un cigarrillo, dejándose ganar por el maravilloso silencio. El agente del

F. B. I.,
rompió el encanto:

—Hace unas horas la muerte parecía su inevitable fin. Te he traído aquí para que, si lo deseas, hablemos con claridad. Voy a empezar dándote ejemplo.

Relató minuciosamente su historia. El engaño para la obtención del permiso; su aventura en el «Potomac» y, por último, la recepción del mensaje. Ella le escuchaba, sintiéndose ganada por el tono cordial y humano de Wilson.

—Mucho quieres a Andrew Tiller.

—Más que a un hermano. Le conocí precisamente en Chicago, cuando, en difícil situación económica por la muerte de mis padres, estaba decidido a todo con tal de obtener dinero. Cometí un acto reprochable y él, que era el gerente de una importante empresa, me habló paternalmente, dándome un empleo y los dólares necesarios para que no nos embargasen nuestra casa de Washington, donde residíamos.

Larry hizo una pausa, recordando íntimamente cómo fue sorprendido por Tiller cuando forzaba los cajones de su oficina. El joven, desarmado, no intentó defenderse, sino que refirió al que llegaba su grado de desesperación. A partir de aquel instante había de iniciarse una auténtica hermandad.

—Si existen los lazos de la sangre, Miriam —dijo ya en alta voz—, hay la obligación, el deber, de quererse. Por eso la amistad es superior. Nace de una comprensión mutua, de algo que nosotros no somos capaces de definir. Es una nueva faceta del amor, la más desinteresada, porque no existen ni ambiciones ni deseos. Andrew Tiller me animó entonces: «Un sólo bien puede haber en el mal; la vergüenza de haberlo hecho». Después supe que la frase pertenecía a un filósofo.

Ella, emocionada, sólo acertó a responder:

—Así es, Larry.

—Ciertamente, no sé qué me ha impulsado a decirte esto. Quizá la necesidad de un corazón que comparta mis inquietudes; tal vez que esté comenzando a enamorarme de ti...

Miriam sintió que algo muy grande acababa de abrirse en el alma. La augusta serenidad de la noche y las palabras del hombre valeroso emocionábanla profundamente. Musitó:

—Es angustiosa la soledad...

—Sí; pero nosotros hemos elegido el camino de nuestra vida.

Cualquier hora puede ser la última. Y ahora, ¿qué me dices tú?
¿Cuál es la misión que te trae a Chicago?

—Contraespionaje.

—Eso corresponde ya al

F. B. I.

—Es cierto, más en esta ocasión trabajamos unidos. Alguien ha identificado totalmente a los miembros de vuestro departamento. Hoover necesitaba personas desconocidas por los traidores a la patria. Me mandaron llamar desde Jerusalén para que me pusiese a las órdenes de David Ellis, inspector del

O. S. S.

Se sabe de una vastísima red de espionaje alemán. Hemos conseguido identificar a algunos de los miembros, pero nos falta el cerebro de todo. No será la única vez que trabajemos juntos los agentes del

O. S. S.,

y del

F. B. I.

Tengo la seguridad de que cuando mañana se presente la Policía, la casa de la calle Harrison estará en perfecto orden.

—... ¿Cómo me identificaste en Washington?

Miriam Cullens sonrió al responder:

—Porque, con otro compañero, eres el encargado oficialmente de investigar el caso. No engañaste a Davis Cort con tus pretendidos asuntos personales. Sabían que ibas detrás de la pista de Andrew Tiller. Por eso no te pusieron ninguna dificultad. Interesaba que creyeras actuar en nombre propio. Hay un departamento que no funciona bien en el

F. B. I.

Dentro de sus filas existe un traidor y como se ignora cuál puede ser se está trabajando fuera de la órbita legal. Washington no sabe nada de vuestra tarea. Me dijeron que te intrigase, haciéndome tu amiga. Lo cumplí. Luego, en el «Potomac», yo fui quien te arrojó el cuchillo con el mensaje, y Ellis el que te golpeó. Se comunicó a la Prensa que en el arsenal se estaban haciendo pruebas de unos nuevos aparatos. Sabíamos por uno de nuestros compañeros que aquella noche irían miembros del espionaje germano. David Ellis pretendió detenerlos y por poco le matan. Tenía orden de entregarte los

presos. Fracasó. Un agente del

O. S. S.,

te puso sobre esa pista. Sin embargo, ha habido un fallo y no sé en qué consiste. Intentaron matarme en Washington y ahora. Mi identidad —me temo que la tuya también— les es conocida.

Ahora comprendía Larry muchas cosas. Quiso decir algo, pero Miriam le interrumpió:

—Esto es lo que puedo explicarte por el momento. Estoy a tus órdenes directas y espero las de nuestro servicio. En cuanto a Tiller, me hicieron jurar que no revelaría su paradero. Si le supiera en peligro, entonces iríamos juntos a salvarle.

Hubo un largo silencio. Larry Wilson sopesaba cada una de las palabras de la muchacha. Muy grandes debían ser las dificultades cuando el

F. B. I.,

recababa el auxilio del

O. S. S.

Remó despacio. ¿Qué tendría que ver el contrabando de armas con su misión? Comentó:

—Al principio llegué a pensar que actuabas fuera de la ley.

—Lo supuse. Por eso siempre te hería en el amor propio, intrigándote más y más. Sólo en casos de extrema gravedad podía confiarte lo que te he dicho. Y llegó con la muerte de Ellis, el más valiente inspector del

O. S. S.

Callaron de nuevo. Frente a ellos, a unos doscientos metros, se alzaba el macizo muro de cemento que protegía el Parque Lincoln de la acción de las aguas. Los faros de un coche iluminaron unos segundos el Paseo del Lago, que bordea el Michigan.

Instintivamente, los dos jóvenes llevaron sus ojos a la costa, viendo cómo se perfilaban, a los reflejos de la luna, las siluetas de dos individuos portando un bulto que arrojaron al agua. Sin pensarlo un momento, Larry se despojó de su americana y los zapatos, diciendo a Miriam, mientras se zambullía:

—Acércate lo que puedas.

El automóvil se alejó. Larry nadó rápido y con un gran esfuerzo respiratorio llegó al fondo, que, por aquel lugar no tenía más que seis metros, tocando el cuerpo de un hombre, sujeto por una barra

de hierro. Sacó la navaja para cortar el lastre y luego, con un fuerte impulso, se elevó, respirando el reconfortante aire. Descansó unos segundos, haciendo una seña a Miriam con la mano para orientarla, y después, decidido, buceó de nuevo, tropezando en su descenso con el cadáver. ¿Qué nuevo crimen acababa de perpetrarse en la ciudad cuna y sede del «gangsterismo»?

Pero cuando depositaron al infortunado sobre la lancha, Miriam no pudo contener una exclamación de terror. Pese a las mutilaciones sufridas, acabada de reconocer a David Ellis.

—Cálmate. Te desembarcaré en el lugar más próximo y yo me ocuparé de los trámites legales, recuperando mi personalidad de agente del «Federal Bureau of Investigation».

Ella accedió con un gesto. Tenía el sistema nervioso destrozado. Al despedirse recordó:

—Me hospedo en el Gran Hotel del Norte.

—Aguarda allí mis noticias.

La muchacha se alejó rápida por el paseo. Larry esperó unos minutos; luego exhibió su personalidad siguiendo los trámites legales...

La información de la Jefatura de Policía fue breve:

—La Sociedad Alemana de Mineralogía lleva siete años establecida en Chicago. No olvide que los germanos son más numerosos en la ciudad que los ingleses y hasta que los mismos americanos. Numerosos comercios e industrias les pertenecen. Dos inspectores se presentaron esta mañana recabando informes sobre una señorita desaparecida que preguntó en el aeropuerto por las señas de la Empresa. El director, muy obsequioso, les invitó a hacer un registro, que no efectuaron por improcedente. En cuanto a los depósitos de ganado, tampoco ofrecieron ninguna pista, salvo estas dos balas enterradas en la pared. Allí no había ningún cadáver de «gángster». David Ellis fue muerto de la manera más espantosa, en una tortura refinadamente oriental. Eso es todo.

—Gracias, capitán —respondió Larry—. ¿Puedo contar con ustedes para cualquier acción decisiva?

—Desde luego. Me han llegado instrucciones de Washington de poner mi departamento a sus órdenes.

—Desearía que no fuera necesario. Si hubiese algo más, vivo en una fonda modesta de la calle Veintidós, frente a la estación del

mismo nombre. No obstante, yo telefonearé.

Los dos hombres se estrecharon cordialmente la mano. Wilson tomó el ferrocarril elevado, apeándose en el Parque Morton. Un individuo salió con él. Larry caminó despacio por la avenida Cincuenta y Dos, torciendo por la de Ogden hasta alcanzar Kedzle para atravesar el Canal de Drenaje y el de Illinois. Se paró ante un escaparate, mirando con disimulo hacia atrás. Le seguían. Era indudable que aquel sujeto no le perdía de vista.

Larry sintió un secreto regocijo. ¡El cazador cazado! Anduvo largo rato, llegando a la esquina de la calle Cincuenta y Siete, de la que pasó a la Cincuenta y Nueve, cruzando el Parque Washington. El mejor ejercicio del agente del

F. B. I.,

consistió siempre en caminar, y ahora, pese a que estaba recorriendo casi todo el sur de la ciudad, se encontraba alegre, libre de incógnitas, con una misión por cumplir y, por si fuese poco, en disposición de actuar.

Descendió por Woodlawn Avenue a la calle Sesenta y Siete, hallándose junto al Parque Jackson, de más de dos kilómetros de superficie.

Encendió un cigarrillo, preguntando a uno de los guardas por el Museo Colombiano, y luego, como un turista más, penetró por las enarenadas avenidas hasta llegar al lugar deseado, medio selvático, donde los árboles eran de extraordinaria corpulencia.

Al doblar uno de los paseos se escondió detrás de un grueso abeto, y procurando no ser visto, observó la desorientación del que le seguía, el cual miraba en todas las direcciones, acercándose más y más hasta donde él se encontraba.

Larry, luego de convencerse de que nadie les vigilaba, le dejó avanzar unos metros, y de un salto cayó sobre el sorprendido sujeto, inmovilizándole los brazos por la espalda. Un feroz cabezazo en la cara le hizo soltar la presa, convenciéndose de que se las había un con experimentado en la lucha. No obstante, decidido a terminar pronto, aplicó a su seguidor un violento «uppercut» que dio con él en tierra. El hombre saltó de nuevo como un tigre contra Larry, propinándole dos feroces izquierdazos en el rostro que el joven encajó, replicando con golpes al estómago y al hígado. Después, temiendo ser sorprendido, se deshizo de su enemigo propinándole

un golpe de «*jiu-jitsu*» en las vértebras cervicales. El individuo se desplomó sin sentido, mientras una intensa palidez cubría su rostro.

Por un momento, Wilson temió haberle matado, pero comprobó que el corazón latía. Le desarmó, ocultándole detrás de unos matojos a esperar a que recobrara el conocimiento.

Mas no eran necesarias tantas precauciones, porque en aquellas horas, las primeras de la tarde, apenas era frecuentado el Parque Jackson. Cinco minutos después el desconocido volvió en sí. Larry, cogiéndole fuerte de las solapas, y acercándole mucho el rostro, le preguntó:

—¿Quién te manda? Te doy diez segundos para responder. Si no, te asesinaré aquí mismo.

El interrogado, viendo una feroz decisión en los ojos de su rival, dijo balbuciente:

—No me haga nada. Me dieron cinco dólares por informar en el «*night-club*» de «*Twelfth Street*» de lo que hacía usted.

—¿Quién?

—Un tal Hogan. Andaba sin trabajo y acepté. Si lo desea puede comprobar que carezco de antecedentes criminales. Supongo que será un policía, porque le he visto salir de la Jefatura.

—No es usted muy listo que digamos. De todas formas, es conveniente para nuestra mutua salud que permanezca unos días a la sombra. Si es cierto lo que ha indicado, nada le sucederá. Si ha mentado...

La sonrisa que acompañó a la frase incompleta era más elocuente que todas las palabras.

Salieron del Parque, caminando unos metros hasta encontrar un «taxi», en el que penetraron.

Luego de dejarle en la Comisaría más próxima, se encaminó al Gran Hotel del Norte, donde le esperaba Miriam:

—Me alegro que vengas, Larry. Mira lo que he recibido hace un momento.

Le enseñó varios objetos de tocador y una pitillera, junto con una rosa en un pequeño estuche de celofán.

—No lo abras. Hay venenos por aspiración. Me lo llevaré al laboratorio. Cambia de residencia. El Auditórium, en la avenida de Michigan, es el lugar más seguro. Procura que no te siga nadie, y descansa. Tendrás noticias mías sobre las dos de la madrugada.

Refirió escuetamente lo que le dijeron en la Jefatura y se despidió:

—No te inquietes. Es un servicio importante, pero carece de peligros.

Mentía. Era casi seguro que el alijo de armas fuese escoltado por hombres decididos.

Mientras se dirigía a la oficina local del

F. B. I.,

para preparar la operación de la noche, iba pensando dulcemente en Miriam Cullens.



V



A noche era hermosísima. La luna semejaba romperse en las copas de los árboles de Lake Shore Drive y el lago Michigan parecía un espejo. En lo alto, las estrellas montaban la guardia, avizorando el infinito con sus ojos parpadeantes. De la ciudad llegaba un sordo rumor de vida. Allí imperaba la más absoluta paz.

Sin embargo, protegidos tras los pilares de cemento que separan la carretera de las aguas, media milla antes de la parte edificada, varias sombras se movían cautelosas. En sus manos brillaba el acero de las armas automáticas.

—No vienen, Larry. Te han engañado.

—Tal vez. De todas formas, yo no pierdo las esperanzas.

Y como si las palabras del joven agente especial del
F. B. I.,

hubiesen sido proféticas, brillaron a lo lejos los focos de luz de un potente camión que avanzaba despacio, sin duda, debido al exceso de carga. Dos policías de tráfico salieron de detrás de los árboles cruzándose en el camino. El vehículo paró.

—¿Qué llevan? —inquirió uno de ellos.

—Juguetes —contestó el conductor.

—De todas formas nos gustaría verlos.

Fueron las últimas palabras de aquel hombre. De la caja del camión brotaron unas llamaradas violáceas. Alguien gritó:

—¡A toda marcha!

—Pero apenas pisado el acelerador, de ambos lados de Lake Shore Drive las ametralladoras vomitaron su mortífero mensaje, destrozando las anchas ruedas. Una voz habló desde las sombras.

—¡Rendíos! ¡Estáis cercados!

La respuesta llegó en plomo. Los «gangsters», protegidos por los grandes cajones de mercancía, dispusieron a defenderse. El conductor y su ayudante intentaron salir de la cabina disparando sus pistolas para esconderse tras la enorme mole del camión, y cayeron sin vida, en trágicas posturas.

El tiroteo era feroz. Los agentes del F. B. I., auxiliados por fuerzas de la Patrulla Móvil, bien parapetados, hacían una matanza atroz. Larry Wilson oyó que le decían:

—Muchas precauciones para traer juguetes, ¿verdad?

El aludido sonrió en la sombra. Por los disparos calculó el número de defensores que quedaban aún con vida. Eran dos. Pronto sólo fue una «Thompson» la que hacía frente a la ley.

—No tiréis. Conviene desorientarle. Procuraré cogerle por la espalda.

Y sin aguardar corrió veloz, parapetándose detrás del radiador del automóvil. El «gángster» disparó tarde, pues ya el agente del F. B. I., había desaparecido de su vista.

Subió a una aleta, y poniendo el pie en uno de los salientes de la caja, entró en ella, escondiéndose. Lo hizo a tiempo. El forajido le había disparado una feroz ráfaga.

Larry dio un gemido, como si hubiera sido tocado. Era un truco viejo, pero los nervios del «gángster» no le permitieron pensar.

Avanzó unos pasos y de pronto alguien cayó sobre su espalda, derribándole. Wilson, rodeando la pila de cajones, hablase situado en unos segundos detrás de él.

Fue breve la lucha, pues el individuo, al intentar revolversse, se golpeó la cabeza contra un saliente, perdiendo el sentido. Larry, sin incorporarse demasiado, hizo señas en el aire con su linterna, y al bajarla, el cuadro le llenó de espanto. Tres hombres yacían en el suelo, horriblemente desfigurados por las balas. Uno, con la cabeza destrozada, parecía un amasijo de carne y sangre.

—¿Tuvo que matarle?

—No, inspector. Sólo está privado del conocimiento.

Se organizó la marcha hacia el próximo cuartelillo de la Policía, donde se iba a proceder al interrogatorio del detenido. Las ambulancias transportaron a los muertos y a un agente herido en el hombro.

Larry Wilson iba junto al inspector jefe del
F. B. I.,
en Chicago. El superior le dijo:

—He de darle una mala noticia, muchacho. Es mi deber hacerlo.

El joven, palideciendo intensamente sugirió:

—¿Ha muerto Andrew Tiller?

—No. Su hermana Virginia ha desaparecido. Nuestros hombres investigan sin cesar, pero no obtienen resultado alguno. Me temo que intenten presionarle a usted de alguna forma. Si es así, me reafirmo en la idea de que estamos combatiendo contra una potente organización criminal. Vamos, no se aflija. Ya sé que es muy duro, mas hay que sobreponerse. En Washington, el propio Davis Cort se ha encargado del caso.

Rehaciéndose con un poderoso esfuerzo de voluntad, Larry habló ronco:

—Déjeme que me ocupe del interrogatorio de ese hombre. Le aseguro que hablará.

No pronunciaron una palabra más durante el camino. Ya en la Jefatura local, mientras unos hombres, en el amplio garaje, revisaban lo capturado. Wilson, con el inspector Hubert Polegate y un agente, se enfrentaron con el «gángster».

—¿Cómo te llamas? —preguntó el primero—. Si eres listo abrirás el «pico» y «cantarás».

—John Hogan.

Larry no pestañeó. Había tenido suerte. El individuo era el mismo de que le hablaban Miriam Cullens y el hombre que le siguió hasta el Parque Jackson.

—Muy interesante. Mira, en vez de preguntarte te voy a contar un buen puñado de cosas. Sé que estuviste presente en el asesinato de un hombre llamado David Ellis, cuyo cadáver fue encontrado en el Michigan; sé también tu parte en la aventura del depósito de ganado y, por último, tengo en mi poder un sujeto que te conoce. Le disté cinco dólares porque me siguiera y le cacé. Sé más, pero quiero que tú me lo digas.

Hogan, sorprendido, miró inquieto a los que le rodeaban. Sobreponiéndose al pánico que comenzaba a invadirle, quiso bromear:

—Me alegro de que estés tan informado. No acostumbro ser muy comunicativo.

—Hay quien no te imita. Os esperábamos. ¿Dónde llevabais las armas?

Hubo un corto silencio. Al fin el «gángster» se decidió:

—Si hablo, me matarán ellos.

—Y si no, te ahorcaremos nosotros —comenzó Larry—. Para mandarte a la «silla» sólo nos basta decir que tú eres el que has liquidado al motorista.

Hogan sudaba. Se defendió:

—No..., no.

Acababa de recordar a Hokkata martirizando al del Servicio Secreto.

Larry le alzó de la silla por las solapas y pegando su rostro al del miserable, rugió:

—¡Vas a «cantar»! Sé de procedimientos peores que el tercer grado. La vida de muchos hombres depende de tus palabras —se volvió al agente, ordenándole—: Átele las muñecas y las piernas a la silla y acerque el portátil.

Larry y el inspector se sentaron cada uno a un costado del detenido, enfocando sobre su cara el potente foco de un reflector. Y entonces, sin violencias, comenzó un interrogatorio interminable, en el que Hogan se limitaba a responder su amedrentado:

—No..., no.

El director de la Sociedad Alemana de Mineralogía se incorporó atento para recibir a los recién llegados:

—Pasen, señores, y siéntense. Desearía poder servirles.

Hubert Polegate, habilidoso, respondió:

—Se trata sólo de una cuestión de trámite. Hemos recibido una denuncia contra usted a la que no hemos prestado crédito. Sin embargo, nuestro deber nos obliga a comunicárselo.

—Veamos qué es ello. Supongo que será alguna treta de mis competidores. Odian el auge de nuestra Sociedad.

—En eso confío, señor...

—Otto Luesenbrink.

Larry Wilson sintió algo así como un mazazo en la nuca. ¡El protector de Andrew Tiller! Medió en la conversación:

—Es un feo asunto. Anoche capturamos un importante contrabando de armas, deteniendo a uno de los que las transportaban. Un tal..., bueno, su nombre no hace al caso. Lo cierto es que ha declarado que venían consignadas a esta entidad, desde donde serían distribuidas a los germanos residentes en Chicago y a diferentes «gangs» a sus órdenes. Al increparle que era una falsedad, dice que resiste un careo con el actual conserje. Sin darle mucho crédito, hemos venido a comunicárselo.

El rostro de Luesenbrink no registró la menor alteración. Con mano segura ofreció unos habanos a los del

F. B. I.,

que rehusaron. El alemán tendría unos sesenta años y era fuerte, de facciones enérgicas. Contestó:

—Pues... no sé qué decirles. Aun cuando les sería difícil obtener una orden de registro sin el consentimiento de mi Embajada, les autorizo particularmente a hacerlo. Soy hombre sencillo que ama a América, mi segunda patria, y no quiero complicaciones con la Policía. Naturalmente, tampoco con mi cónsul. En lo que respecta a ese hombre, tráiganlo. Me es imposible darles más facilidades.

—Las esperábamos de usted. Usaremos nada más que la última para terminar tan enojosa situación. Nunca hemos dudado de su honorabilidad.

El germano hizo una inclinación de cabeza al responder:

—Gracias, señores. ¿De veras no desean ver los laboratorios?

—Otro día, señor Luesenbrink. Ahora nos retiramos.

El inspector Hubert Polegate se puso en pie. Larry le imitó. El germano preguntó, como sin dar importancia a lo que decía:

—¡Ah! ¿Cuándo traerán al detenido? Lo digo para evitar la desagradable coincidencia de haber salido.

—Dentro de una hora. Lo que tardemos en ir por él.

La respuesta, meditada por Wilson, tampoco obtuvo el resultado apetecido. El rostro del alemán parecía de piedra.

Despidiéronse de nuevo, con suma cortesía. Luego, ya en la calle, Polegate comentó:

—O es un magnífico actor o es inocente.

—¿Piensa traer a Hogan?

—Desde luego.

El coche corría por Wester Avenue hasta alcanzar la calle Dieciséis, penetrando después por la Avenida Island. En la esquina de Fullerton un automóvil negro cruzó ante ellos velozmente, perdiéndose a lo lejos.

Cuando llegaron a la Jefatura un cuadro horrible se ofreció a sus ojos. Los agentes yacían muertos por arma blanca y un tercero, sangrante, les dijo:

—A la orden, inspector.

—¿Qué ha ocurrido?

—Penetraron seis hombres. Creo que han matado al preso.

Los «gangsters» actuaban con la máxima rapidez.

Luego de comprobar que era cierto lo que les dijeran, Larry abandonó desalentado la Jefatura, caminando despacio, con el pensamiento puesto en su hermana. ¡Tenía que actuar, empleando los mismos métodos que sus enemigos!

Absorto en tales ideas, no reparó en un «Studebaker» que se acercaba despacio. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Dos individuos se pusieron a sus lados, con las manos en los amplios bolsillos de la chaqueta.

—Sube —dijo uno.

Larry obedeció sin resistirse. Aun en calidad de prisionero, ambicionaba llegar a la guarida de la criminal organización. Una vez en ella intentaría...

No pudo seguir pensando, pues le golpearon en la sien, haciéndole perder el sentido.

Tan rápida había sido la acción, que muy pocos transeúntes

repararon en ella. Ninguno dio un grito de alarma, temerosos de ser asesinados.

El lujoso automóvil, doblando varias calles y avenidas, enfíló en dirección al barrio más opulento de la ciudad, es decir, a los bulevares Washington y Jackson, las calles de Pine, Rush y Drexel y el paseo de la orilla del lago...



Selecciones NEVADA son las
NOVELAS PREFERIDAS POR EL PUBLICO
JOVEN

VI



IRIAM Cullens estaba terminando de cerrar su equipaje cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo sin volverse.

Minutos antes había pedido la cuenta por teléfono. Oyó pasos a su espalda y giró, con el billetero en la mano. Su asombro no tuvo límites al ver a dos individuos de aspecto patibulario. Palideció:

—¿Qué quieren?

—Charlar un momento contigo, monada, y luego que nos acompañes.

—Márchense o llamaré a la Policía.

Los dos hombres se rieron muy bajo. Uno de ellos, observando cómo la joven dirigía rápidas miradas a la puerta, aclaró:

—Toma. Hemos satisfecho la cuenta. No dirás que no somos amables.

La última esperanza de Miriam se desvaneció. Entonces concibió un plan audaz que se dispuso a poner en práctica. Dijo con desenfado:

—Sé cuándo me corresponde perder. Si os parece tomaremos un trago antes de marcharnos.

—Desde luego. Yo iré por la botella. Nos han dicho que eres una chica peligrosa, y aunque nosotros creemos que han exagerado, conviene tomar precauciones.

—Como queráis. Ése es el mueble bar.

El «gángster», un tipo cínico, sacó tres copas, llenándolas de «whisky». La muchacha, cogiendo la pitillera de encima de la mesa, la ofreció a aquellos hombres, que tomaron un cigarrillo, encendiéndolo. Mientras bebían, ella comentó burlona:

—Enternecedora reunión. Víctima y verdugos.

—¡Bah! Preciosa. No lo tomes tan a lo trágico. ¿Nos vamos?

—Sí; pero dejadme gozar unos minutos más de tranquilidad. ¿Os disgusta charlar con una mujer... no fea?

Hizo un mohín de coquetería, observando a los sujetos con el rabillo del ojo. Uno cabeceaba ya, preso de un raro sueño. El otro quiso incorporarse y se desplomó en el asiento, murmurando:

—¡Maldita! Nos has envenenado.

Dándose cuenta de la traición, llevó la mano a la funda sobaquera, mas Miriam, con una serenidad admirable, le golpeó la frente con el frasco de licor. Después se apoderó de las carteras, en busca de interesantes identificaciones, y metiéndolas en su equipaje, salió, cerrando con doble vuelta de llave. En el vestíbulo se despidió del gerente, entrando después en la cabina telefónica.

—¿Jefatura de Policía? Si quieren detener a dos maleantes indocumentados, vayan a la habitación número treinta y siete del Gran Hotel del Norte. No les suelten por nada del mundo. Llamen a Larry Wilson, del

F. B. I.

Colgó. Suponía, con marcado fundamento, que los «gangsters» eran conocidos entre los agentes de la autoridad. Salió portando las dos maletas, y llamando un taxi, ordenó:

—Al cuatro de la calle del Congreso.

Una vez en la dirección indicada, se escabulló entre el numeroso público hasta alcanzar la avenida de Michigan, donde se alza el

gran edificio de granito del Auditórium. Penetró a través de una escalera de mármol y bronce hasta un pequeño patio, adornado con mosaicos de distintos colores, entrando, al fin, en el vestíbulo interior del hotel. Estaba segura de que nadie la había seguido. A propio intento pidió una habitación en el décimo y último piso. Sobre ella se alzaba, a ochenta metros de altura, la torre central ocupada por la U.

S. Weather

Bureau[4]. Pensaba aprovechar las antenas para ponerse en comunicación directa por radio con su oficina de Washington, para lo cual llevaba en sus maletas una pequeña, pero potente, emisora.

Ya en su cuarto, lujosamente amueblado, se asomó a una de las ventanas que daban al interior del hotel. Alzó los ojos, viendo que los cables quedaban muy altos y sujetos sobre dos postes de hierro. Concibió un plan audaz y, decidida, salió al pasillo, preguntando a uno de los empleados:

—¿Por dónde se entra a la Weather?

—Aquella puerta del fondo comunica con las oficinas.

Caminó hacia el lugar indicado. En el bolsillo del amplio chaquetón llevaba un rollo de finísimo hilo de cobre. Un empleado salió a abrirla. Miriam, adoptando una actitud frívola, comenzó:

—Perdone. He venido a Chicago en plan de turista y no me quería marchar de la ciudad sin que me enseñaran el complicado funcionamiento de la estación. Sé que, quizá, les importune, pero confío en su amabilidad.

Las palabras, acompañadas de una seductora sonrisa, impresionaron al joven, que, haciéndola seña de que esperara, penetró en un despacho de cristales.

—Venga conmigo. El director no tiene inconveniente, aunque no acostumbra conceder permisos como éste.

—Es usted muy amable. Le recordaré siempre uniendo su persona a la evocación de este Chicago maravilloso, lleno de historia y de poesía[5].

El hombre, halagado por la charla de la que calificó como una millonaria excéntrica y, además, seducido por su belleza, fue definiendo los numerosos mecanismos para predecir el estado del tiempo, deteniéndose, principalmente, en el gran sismógrafo, el complicado aparato que durante los terremotos da la dirección de

las oscilaciones. Mientras el funcionario hablaba, Miriam había conseguido unir el finísimo cable a una de las antenas, mediante una pinza dentada, por fuera del gran ventanal que daba al patio, dejando caer el ovillo al exterior.

Siguió ya atentamente las explicaciones, segura de que no sería descubierto el hilo por el empalme, hecho en el exterior, mientras se apoyaba en la cristallera, y luego de presenciar el magnífico espectáculo de la ciudad, se despidió afectuosa del hombre, regresando a su alcoba, donde no le fue difícil asir el alambre y meterlo en la habitación, ocultándolo detrás de una cortina. Luego consultó el reloj. Eran las siete de la tarde.

Pidió telefónicamente unos «sándwiches» y un «highballs» con mucho limón, y mientras se lo servían, evocó a Larry Wilson, extrañándose de que no la hubiera visitado, pese a que quedó en hacerlo en la madrugada anterior. ¿Le habría sucedido algo? La sola idea la hizo estremecer angustiada.

Esperó a que la sirvieran, y después de que se hubo marchado el camarero, fue a las maletas, sacando las carteras que arrebató horas antes a sus fracasados raptos. Desparramó su contenido sobre la mesa. Dos billetes de veinticinco dólares, la fotografía de una mujer de «*cabaret*» y boletos, pasados, de apuestas en carreras de caballos. Ni un solo documento que revelara la personalidad de los hombres.

Mientras cenaba sin apetito, no hacía sino mirar el teléfono, esperando oír su repiqueteo. Pasó una hora larga. Nerviosa ya, solicitó línea, llamando directamente a la Jefatura, donde le informaron carecer de noticias del agente del

F. B. I.

Atrancó la puerta por dentro, sacando un estuche en el que manipuló, uniendo a él el cable que tantos esfuerzos le costó tender. Con tan magnífica antena consiguió ponerse en comunicación con la emisora-receptora del

O. S. S.,

instalada en un secreto lugar de Washington, y que recibía noticias de todo el mundo. Mandó un informe en clave y esperó. No ignoraba que dentro de unos minutos le llegarían órdenes, como así fue. Tomó notas rápidas. El mensaje terminaba con una palabra: «Suerte».

Lo escondió todo en el cuarto de baño y luego, decidida, salió a

la calle del Congreso. Aun cuando actuaba en su propio país, el secreto resultaba fundamental. El

F. B. I.,

les había pedido ayuda precisamente por una traición en sus ficheros particulares. Todas las precauciones eran pocas.

Subió a un «taxi», regocijándose de la cara que puso el conductor al oírla decir:

—No conozco Chicago. Deme un buen paseo por la ciudad.

Necesitaba tiempo para ordenar sus planes. Por otra parte, temía que sus enemigos consiguiesen localizarla en el Auditorium. Palpó su revólver, escondido tras el ancho lazo de la cadera que llevaba su vestido de noche. Aquélla era, sin duda, una de las misiones más peligrosas de su existencia.

Aunque la ciudad no le interesaba, no pudo eludir su admiración por los magníficos trazados de avenidas y bulevares, casi todos formando ángulos rectos. El «taxista», disipado su mal humor, explicó a la bella viajera:

—Pasamos ahora por las calles de moda, típicamente comerciales. Ésta es la Quinta Avenida; paralelas o cruzándola, verá las de Dearborn, Clark, Marquet y La Salle. Luego, si le parece, torceremos por la del Estado, donde existen los principales almacenes de ventas al por menor.

Ya había anochecido y las aceras rebosaban de público. Cruzaron frente a la antigua Cámara de Comercio y la Caja de Ahorros.

Consultó su reloj de pulsera. Eran ya casi las diez. Ordenó de nuevo:

—A «Twelfth Street».

Cuando entraba en el «nigth-club» éste comenzaba a animarse con la llegada de numerosas parejas y grupos que se disponían a pasar una noche divertida. Se sentó en una mesa próxima al escenario y aguardó, no sin colocar sobre la palma de su mano izquierda el paquete de tabaco con el que jugó unos segundos, poniéndole de pico. Al fin sacó un pitillo, encendiéndole. Vio cómo se acercaba un caballero elegantemente vestido, que le dijo a modo de saludo:

—Me felicito de haberla encontrado, señorita. Parece usted la Julieta de mis sueños.

—Bien venido, simpático Romeo. Por un momento temí haberme adelantado en la hora de la cita.

Se miraron. El pidió a un camarero:

—«*Champagne*».

Y luego, observando fijo a la muchacha, empezó:

—¿De veras no me recuerdas, Miriam? Yo era el caíd que tanto te preocupó en Jerusalén.

—Me hiciste el amor de un modo maravilloso —comentó ella con agrado.

—Sí, y casi, casi fui sincero. Tenía, como ahora, orden de protegerte. ¿Has leído el «*The Saturday Evening Post*»? —Como ella denegara con el gesto, continuó—: Trae una curiosa información sobre la historia de los Pinkerton y sus artimañas para impedir la acción de los Sindicatos de Juego. El «*Jockey Club*» de Brooklyn está convertido en un enorme velero, para impedir que desde postes colocados en el exterior puedan transmitirse los resultados de los partidos. Al parecer ha habido un pleito curioso por unos miles de dólares más o menos.

El camarero hablase alejado ya. Miriam preguntó, sonriendo, como si sus palabras carecieran de trascendencia:

—¿Dónde está la puerta?

—Cuatro metros a tu derecha. Tienes que tirar del asa del cajón que contiene la palmera. Todavía no es hora. Hay que esperar a que se llene. ¿Bailas?

—No, Martin. Deseo observar.

Mezclados con la selecta concurrencia, había varios hombres de bien cortados «*smokings*» que Miriam calificó como pistoleros o bailarines profesionales. Por la ancha entrada al salón no dejaba de penetrar el público. La muchacha vio a alguien que la sobresaltó. Sí, no cabía duda. Aquel joven elegante que daba el brazo a una hermosa mujer era el pretendiente de la hermana de Larry, Henry Godfrey. Por fortuna, se situó en una mesa lejana. No era probable que la identificase.

Los dos agentes secretos bebieron, chocando las copas. El momento de actuar era llegado y se deseaban esa «suerte» que por la costumbre convirtiéndose en un lema de la organización.

Miriam se levantó, encaminándose hacia el lugar secreto, «camouflado» por varias plantas. Su compañero la seguía con la

mirada, y cuando la supo cerca hizo caer deliberadamente el cubo con la botella, lo que produjo un gran estruendo. Dos mujeres chillaron nerviosas. Acudió el camarero y Martin se disculpó:

—Perdone. Le di con el codo sin querer.

Trajeron otro servicio. El joven respiró satisfecho. Miriam consiguió entrar. Bebió despacio, paladeando el «*champagne*», decidido a intervenir en el momento oportuno. En la Jefatura le proveyeron de una documentación de agente. Dios quisiera que no tuviera que emplearla.

La muchacha, mientras tanto, sirviéndose de una diminuta linterna en forma de barra para los labios, atravesó un oscuro pasillo, descendiendo dos tramos de escalones de piedra, encontrándose en una habitación amueblada y cuyas paredes hallábanse cubiertas de anchas cortinas hasta el suelo. Miró tras ellas. Aquél, sin duda, era el observatorio de las salas de juego instaladas en un plano inferior y que podían vigilarse perfectamente a través de los anchos cristales. Salió rápida, luego de orientarse, eludiendo los dos corredores que comunicaban con los lugares donde impunemente se burlaba la ley. Vio una nueva escalera a la izquierda y descendió más. Nadie podía suponer tanta profundidad de sótanos. El olor a humedad indicaba que carecían de ventilación y comodidades. Sin duda, entraba en la bodega.

Tomó un pasillo que se doblaba en ángulo recto. Antes de seguirlo miró, y ello le salvó de un grave peligro. Un hombre dormitaba frente a una puerta de madera. Tal vez montaba la guardia. ¿Hallaría ahí la emisora desde donde transmitíanse a Alemania importantísimos mensajes reveladores de la potencia militar, económica e industrial de los Estados Unidos? Decidida a averiguarlo, se acercó despacio. Sus zapatos de suela de goma no producían el menor ruido. Alzó el brazo armado con el revólver y descargó un tremendo culatazo en la nuca del «gángster», que se desplomó pesadamente, sangrando por una ancha herida. A Miriam le repugnaba actuar así, pero no había otro remedio.

Empujó la puerta, que no cedió. Fue fácil encontrar la llave en uno de los bolsillos del caído.

La muchacha tuvo la grande sorpresa de su vida. En vez de un complicado aparato, compuesto de hilos y lámparas, se halló frente a frente con Larry, que, atado de pies y manos, pendía de la pared,

sujeto por cuerdas a unas argollas metálicas. El agente del F. B. I.,

la miró con un estupor sin límites, y al intentar moverse, no pudo reprimir un gemido. La forzada postura atormentábale cruelmente.

—Busca en mi cerillera. No tiene fondo y oculta un cuchillo que no han encontrado.

Reprimiendo su alegría, la joven obedeció y Larry cayó al suelo, incapaz de ningún movimiento.

—Frótame los tobillos. Es necesario que huyamos.

Ella así lo hizo, y minutos después el bravo Wilson consiguió ponerse en pie. Miriam Cullens le informó:

—Dejé sin conocimiento al centinela. Quítale las armas. Tenemos que registrar los sótanos. Sólo nos falta una prueba para, cuando lo ordenen, comenzar las detenciones. Se cree que está instalada aquí la emisora que enlaza a los espías con Alemania.

—Vamos.

Larry se apoderó de un revólver de grueso calibre y siguieron adelante, dispuestos a todo con tal de no dejarse prender. El hedor a humedad aumentaba más y más. Pasaron ante un montón de barriles vacíos; de pronto, se encontraron frente a una pared lisa. Al parecer allí terminaba el subterráneo.

Retrocedieron para llegar de nuevo al despacho cubierto con cortinas. El fracaso más absoluto había acompañado al registro.

Cruzaron las solitarias salas de juego, y en una de ellas tres hombres se detuvieron sorprendidos, llevando las manos a las armas. Sin duda eran «gangsters» que vigilaban los subterráneos. El revólver de Larry tronó por tres veces, matando casi en el acto a dos de los malhechores. Pero el otro, tirándose a tierra, se escondió rápido en un esquinazo, disparando a ciegas.



El revólver tronó por tres veces.

Los dos jóvenes, sin presentar batalla, corrieron por un pasillo. Iban a meterse en una habitación, decididos a defenderse hasta la muerte, cuando un individuo apareció ante ellos.

—¡Quieto, Larry! Sigue hacia adelante y baja una palanca. Es una puerta que lleva a los lavabos.

—¡Andrew! —exclamó el joven con extraordinaria alegría.

—El mismo. No te preocupes por mí. Deja a esta señorita en el salón, junto a su acompañante y ve a cambiarte de ropa para reunirte con ellos. Te enviaré órdenes. Espero que todo termine pronto.

Los números uno y dos de la promoción de agentes especiales del

F. B. I.,

se fundieron en un fuerte abrazo. Al separarse, Tiller le tranquilizó:

—No te preocupes por tu hermana. Velo por ella.

Larry y Miriam cumplieron las instrucciones y pronto halláronse a salvo. La joven regresó junto a su compañero del

O. S. S.,

y Wilson saltó por una ventana que daba a la calle.

—Has tardado mucho, querida. Las mujeres sois terribles a la hora de la coquetería.

—No seas indiscreto, Martin. Quien te oiga va a pensar que no llevo sino postizos y afeites.

—No, mi Julieta. Tu rostro es terso como los pétalos de las flores.

Se miraron fijamente. El hombre del Servicio Secreto preguntó:

—¿Brindamos?

—Desde luego, aunque yo beberé sólo media copa.

La información estaba dada. Un éxito no completo había coronado la peligrosa aventura de Miriam.

—¿Bailamos?

—Encantada.

Los dos jóvenes danzaron a los acordes de la orquesta.

—¿Piensas permanecer mucho, Miriam? Me temo que de un momento a otro la situación pueda empeorarse. Hay dos individuos que no nos pierden de vista.

—No te preocupes. Tenemos que aguardar a un buen amigo.

Sentáronse de nuevo, esta vez muy juntos, como una pareja de enamorados. Ella, mientras encendía un cigarrillo, habló muy bajo, casi sin mover los labios:

—Hemos armado mucho ruido dentro. Aquí no se atreverán a atacarnos —luego, alborozada, dijo en alta voz—: Escucha. Toca «The End of a Perfect Day», de Carries Jacobs Bond[6]. Es

maravillosa.

La melodía se fue adueñando de los corazones de los presentes que guardaron un silencio admirativo. Cuando terminó la sentimental composición sonó un aplauso cerrado de homenaje a la autora y a la orquesta por su extraordinaria interpretación.

Sobre las dos de la madrugada, Larry Wilson entró a reunirse con ellos. El joven estaba desconocido luego de cambiarse de traje y darse una buena ducha. Miriam reparó en cómo los dos sujetos a que antes aludiera cambiaban entre sí frases de asombro al verle, por lo que dedujo que no fueron extraños a la captura del agente del

F. B. I.

—Buenas noches, amigos —saludó, aun en pie.

—Siéntate. Voy a presentarte a Martin Arnold.

Los dos hombres se estrecharon fuertemente las manos. Larry miró en torno suyo, palideciendo. Acababa de ver a Henry Godfrey. Fue a levantarse impulsivo, pero la mano de la muchacha le contuvo, sujetándole por un brazo.

—¡Quieto! Se acerca.

En efecto, el joven, luego de disculparse con su acompañante, se dirigía hacia la mesa ocupada por los tres agentes.

—Hola, Larry —saludó—. ¿Qué tal te encuentras?

El cerebro del aludido trabajaba a una gran velocidad. Decidió fingir:

—Encantado de verte, chico. ¿Y Virginia? Hace bastantes días que no recibo noticias tuyas.

—La dejé bien ayer, cuando me despedí para venir a Chicago a la reunión del Consejo de una Sociedad. No me dio ningún encargo. ¿Qué tal ese permiso? —Como si reparara por vez primera en Miriam, Henry dijo—: Perdone, señorita. No la había reconocido. Está más maravillosa que la última vez, cuando nos gastó aquella broma tan ingeniosa.

—Siéntese..., si no le importa a su amiga, que nos mira mucho. Hace mal en dejarla sola. Pueden robársela.

—Visita por vez primera la ciudad. No sabría ir a ningún sitio sin guía. En fin, les dejo. Mañana regreso a Washington. ¿Quieres algo para allí?

—Nada. Que le riñas por su pereza en escribirme. Me debe dos

cartas. Por mi parte te prometo no contarle que te he visto tan bien acompañado.

—Buen chico. Eres lo que se llama un hombre discreto. Adiós.

Se despidió con una cortés inclinación, y en la mesa reinó el silencio.

—¿En qué piensas? —inquirió Miriam.

—En que Godfrey maneja mucho dinero y nunca supe cuáles eran sus verdaderas ocupaciones. Bailemos. Me agradaría ver de cerca a la que va con él.

Danzaron, acercándose al lugar ocupado por Henry, al que saludaron cortesés. Una pareja chocó con ellos y Larry sintió que le hurgaban en uno de los bolsillos. El mensaje. Debió suponer que se utilizaría semejante medio.

Terminada la pieza, volvieron junto a Martin Arnold. El agente del

F. B. I.,

tocó por fuera de la americana un papel que crujió levemente. Sacó su pitillera, ofreciendo cigarrillos, que metió con la nota. Después le fue fácil dejar caer el pitillo y tomar otro. Leyó entonces:

«Organiza un gran escándalo. Que dure lo más posible».

Ahora ya sabía el nombre de su informador. Sonriendo dijo:

—Voy a armar un broncazo. Secundadme. Tú, Martin, disponte a dar y a recibir puñetazos.

Los dos agentes del

O. S. S.,

se miraron con asombro. Miriam, encogiéndose de hombros con indiferencia, alegó:

—Como quieras. Ya te explicarás.

Larry llamó a voces:

—Camarero..., camarero... El policía de servicio.

El sirviente llegó solícito:

—¿Para qué lo desea el señor?

Wilson se levantó violento:

—¿Y a usted qué le importa? Dígale que venga. En esta casa son todos un hatajo de ladrones.

—Cálmese, señor.

—¡No quiero!

Las voces aumentaron. Martin vio que los dos individuos de la puerta se acercaban y preparó sus puños. Acudió otro camarero. Larry gritaba como un energúmeno:

—¡Me acaban de robar la cartera! Es la segunda vez que me ocurre —encarándose con uno de los empleados acusó—: ¿No habrá sido usted el ladrón?

La respuesta fue un puñetazo, que Wilson esquivó, esgrimiendo la botella de «*champagne*», con la que golpeó a su alrededor. Arnold, por su parte, derribó de un directo a otro, y con una silla trazó en torno suyo un círculo.

Miriam, regocijada por el escándalo, vio salir por la puerta secreta a tres hombres, y entonces, para hacer mayor el escándalo, chilló:

—¡Socorro! Quieren matarnos. Llamen a la Policía.

Los parroquianos huyeron asustados, mientras algunas mujeres se desmayaban. Martin y Larry luchaban como fieras. La muchacha sacó su pequeño revólver, disparando al aire, con lo que el confusionismo fue más terrible. Luego apoyó su espalda en la pared, amenazando a dos camareros que se disponían a apresarla:

—Al que se acerque le mato.

Desde allí vio cómo Wilson, imitando el ejemplo de su compañero, había cogido otra silla, moviéndola en todas direcciones. Varios hombres sangraban. Uno, con gesto decidido, esgrimió una pistola; pero antes de que hiciera fuego una bala, disparada eficazmente por Miriam, le destrozó la muñeca. La joven vigilaba en evitación de que sus compañeros fuesen asesinados.

Sonaron los pitos de la Policía y entraron varios agentes, aumentando aún más el confusionismo, pues comenzaron a golpear a los empleados del «*night-club*».

Todavía transcurrió cerca de un cuarto de hora antes de que cesara el tumulto. Al fin los tres jóvenes y varios camareros pasaron a la Comisaría. Los «matones» se habían apresurado a huir a la sola presencia de los agentes de la autoridad.

Larry mostró su personalidad, saliendo responsable por sus compañeros, y una hora más tarde caminaban los tres por el bulevar Washington, sentándose en uno de los bancos del parque de la Unión, donde se narraron mutuamente sus aventuras.

—Tu rosa iba impregnada de veneno. Si hubieras aspirado su olor estarías muerta, Miriam. Les estorbas y quieren acabar contigo como sea —se refirió al rapto de su hermana y a las tranquilizadoras palabras de Tiller, terminando con una pregunta—: ¿Por qué sospecha el

O. S. S.,

la instalación de una emisora en Twelfth Street?

—Los secuaces de Alemania poseen tres refugios. La Sociedad de Mineralogía, el «nigth-club» y un hotel en el paseo del Lago. Hemos descartado el primero y tercer lugar. Sólo nos restaba el «*cabaret*», y tampoco está allí, según habéis dicho. Ahora volvemos a encontrarnos desorientados.

Era Martin Arnold el que hablaba. Su voz reflejaba el desaliento. Larry Wilson les animó:

—No os preocupéis con exceso. Tiller se encargará de resolverlo todo...



Caducaron todos nuestros concursos
Busquen las LISTAS DE PREMIADOS en
**Selecciones NEVADA, EXTRAORDINARIA
DEL OESTE y F. B. I.**

VII



Un negro automóvil se detuvo suavemente en Wester Avenue, esquina a la calle Harrison, y de él descendió un caballero, al que el conserje de la Sociedad Alemana de Mineralogía preguntó:

—¿Qué desea?

—Ver al señor Luesenbrink.

—Suba en el ascensor al segundo piso. Allí le atenderá un ordenanza.

El visitante obedeció. Una vez arriba, dio su tarjeta a un obsequioso individuo y esperó en el alfombrado pasillo.

—Pase.

Cuando entró, Otto Luesenbrink se puso en pie, tendiéndole los

brazos:

—¡Hola, hijo! ¡Gracias a Dios que puedo verte! He telefoneado varias veces a Washington e ignoraban tu paradero. Siéntate.

El rostro del germano evidenciaba una íntima alegría. Andrew Tiller le abrazó, preguntándole:

—¿Y su esposa?

—Se quedó allí, en Alemania. Yo estoy deseando volver. Los tiempos no son como para estar fuera de las propias naciones. Cuéntame cosas, querido.

El tono de Otto era cordial, revelador de un auténtico cariño. Andrew habló, dudando:

—Verá. Lo que tengo que decirle es difícil. No quisiera molestarle...

—No andes con rodeos y dime lo que quieras.

—Hace tres meses, aprovechando unas vacaciones, me visitaron dos individuos, que me hablaron, según ellos, en su nombre. Iban a proponerme que ingresara en el servicio de espionaje alemán. Me negué, porque nunca fui amigo de complicaciones. Me dijeron que era deseo de usted, recordándome lo que le debía. Entonces, poniéndome en pie, les advertí que sobraban los intermediarios. Pronunciaron unas palabras terribles. «Escucha —me dijo uno—. Vamos a hablarte claro. Si no accedes mataremos a Luesenbrink y a su esposa. Los tenemos en nuestro poder».

Tiller hizo una pausa, sin duda para ordenar mejor sus recuerdos, y continuó:

—Aquella noche fue terrible. Se rumoreaba ya la proximidad de la entrada en la guerra de los Estados Unidos. Pensé que nada debía a mi patria: sólo miseria y desprecio. Ustedes fueron mis auténticos padres. Accedí, pero mi actuación se pospuso hasta que, dos noches antes de terminar mis estudios, se me ordenó trasladarme a Chicago. Les obedecí.

—¿Qué carrera emprendiste?

—La de abogado criminalista. Me hallaba entonces en la Academia del F. B. I.,

estudiando los métodos más usuales de los delincuentes —contestó Tiller, imperturbable—. En esta maldita ciudad me enseñaron dos «fotos» de usted y su señora en una lúgubre mazmorra. Sólo yo, con

mi obediencia ciega, podía salvarles. Y me convertí en un engranaje más. Siempre tuve simpatía a tu patria, Otto. Por ello me afilié a una de las organizaciones de «América Grande». Hoy, enterado de que se hallaba de nuevo al frente de la Sociedad, me apresuré a venir.

—¿Cómo lo has sabido?

El tono era algo áspero, y Tiller se sorprendió de él, replicando:

—Lo leí en el «Chicago Tribune». Vea. Al relatar unos incidentes se menciona su nombre. Escuche: «Los agentes fueron recibidos amablemente por el director de la empresa. Otto Luesenbrink, que les dio toda clase de facilidades, comprobándose la falsía de la denuncia formulada por un “gángster”, asesinado luego por sus propios compañeros».

—Sigue.

—Ya termino. No ignoro lo que le debo a usted, más antes quisiera saber qué hubo de cierto en todo lo que le referí.

—Nada y mucho —fueron las desconcertantes palabras de Luesenbrink—. Nunca fui víctima del espionaje alemán, porque formo parte de él. Quería que trabajaras conmigo y te tuve miedo. Por eso decidí emplear argucias, de las que tienes que perdonarme.

—¿Es usted el jefe?

El alemán sonrió, modesto:

—¡Oh, no; un simple peón como tú! Y ahora ya no tienes por qué secundarme. Dentro de quince días, si lo deseas, regresarás conmigo a Alemania. Te prometo un espléndido porvenir. Ahora puedes delatarme si quieres.

Andrew Tiller, pálido, había puesto en pie. Le dolía tener que traicionar a aquel hombre, pero el interés de la patria es superior a todo otro sentimiento. Balbució, con los ojos en el suelo:

—Le obedeceré.

Otto Luesenbrink le golpeó cariñoso, en la espalda:

—Lo esperaba. Vales mucho, hijo, y haces bien en ponerte del lado de los más fuertes. Por eso me acordé de ti. Podremos vernos con más frecuencia. Yo iré por el Hotel del Vasco. Si algo te sucede, no vaciles en comunicármelo.

Andrew Tiller salió. En su corazón se agigantaban los recuerdos. Se vio medio desnudo y con hambre en las orillas del Potomac, convertido en un pequeño delincuente. Los Luesenbrink le

recogieron, cuidándole como a un hijo. Le dieron los primeros estudios, costeándole la carrera de abogado, que él abandonó, ya solo, incorporándose al

F. B. I.

Suspiró y anduvo por la Wester, entrando en un «drug», para tomar una copa de «cognac» que le reanimara. Fue entonces cuando se dio cuenta, por vez primera, de que le seguían. Sonrió, irónico. Su protector no se fiaba de él y quería comprobar si, en efecto, iba a denunciarle.

Echó medio dólar sobre el mostrador, saliendo sin recoger la vuelta. En la calle Dieciséis tomó un automóvil, que le trasladó hasta el corazón de la ciudad, el llamado barrio comercial. En La Salle, ya a pie, se volvió. A unos cinco metros, distraído en apariencia, iba el mismo sujeto.

Apretó el paso hasta alcanzar la Cámara de Comercio, en la que entró, y despreciando los grandes ascensores que recorren los catorce pisos del inmueble, tomó las escaleras desiertas. En un recodo se detuvo, escuchando. Alguien subía también. Necesitaba burlar a su perseguidor, y pronto concibió un plan. Se quitó los zapatos y a todo correr, silencioso, subió cinco pisos más, llegando en el preciso momento que uno de los ascensores descendía. Se calzó rápido, montando en él. Estaba seguro que su perseguido, temeroso de una emboscada, continuaría despacio, extrañado de no oír, como antes, el ruido de sus pisadas. Y no se equivocó. Al llegar al gran «hall» de mármol pudo comprobar su éxito.

Caminó rápido, ordenando a un «taxista»:

—A Colorado Avenue.

El joven, seguro de no ser perseguido, recordó sin cariño la figura de Otto Luesenbrink. ¿Era un desagradecido? La respuesta le llegó con extraordinaria claridad. No. Él no podía amar a un hombre que, colocándole fuera de la ley, pretendió convertirle en un renegado de su patria. En el momento en que lo desenmascarara, el misterioso jefe supremo procedería implacable.

El vehículo atravesó parte de la ciudad, llegando al fin a su destino. Allí, luego de mirar en torno suyo, entró por West Lake Street, hasta alcanzar una casa de Monitor Avenue.

—Buenas tardes, señor Humphrey —saludó al portero.

—Hola, Lorenzo. ¿Salió mi señora?

—Aún no. Pidió las cosas por teléfono. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien, pero tiene aún la herida de la rodilla abierta. Dentro de un par de días la llevaré a un cirujano.

—Dígale usted que se mejore, y si algo necesitan, cuenten conmigo.

—Gracias.

Utilizando el ascensor, subió al piso tercero, introduciendo un llavín, luego hizo sonar el timbre y con un descorrer de cerrojos interiores la puerta se abrió. En ella apareció Virginia Wilson, sonriendo al recién llegado:

—¡Hola, Andrew! ¿Qué tal todo?

—Bien, pequeña. Deseoso de descansar... ¡Ah, se me olvidaba! Para justificar tu aislamiento he dicho al portero que ha vuelto a abrísete la herida... imaginaria. Nadie te descubrirá. Serían capaces de asesinarte.

Charlando llegaron a un saloncito, amueblado coquetonamente.

—Siempre que sales temo no verte más.

—¡Bah! No te inquietes. Gozo de completa impunidad entre la Policía y los malhechores. ¡Quién nos iba a decir que llegaríamos a marido y mujer!...

—Nominalmente —aclaró ella, sonrojándose.

—Desde luego. Apenas si te había visto alguna vez, y siempre acompañada de ese Henry Godfrey. Ya sabes que me he desenvuelto sólo en la vida. Los Luesenbrink, aunque se portaron bien conmigo, marchaban a Alemania con mucha frecuencia. Ahora, a veces, me gusta cerrar los ojos e imaginarme que la historia que hemos inventado, para desvirtuar sospechas, es cierta. Y créeme que siento una gran sensación de compañía.

El hombre se recostó en un alto butacón de orejas, mientras Virginia preparaba en un infiernillo unas tazas de café. Musitó:

—Lamento no haberte tratado antes, Andrew.

—Nunca es tarde para rectificar. Eres una excelente ama de casa. Siempre dije que no me casaría con una mujer que no amase al hogar. América se materializa más y más por no fomentarse la vida de familia. Y hasta mi esposa imaginaria es así ¡Soy hombre de convicciones firmes!

Pese al tono humorístico había una nota de ternura en la voz de Tiller. Virginia, encantadora, sintió que una taza vacilaba entre sus

dedos. Para ocultar su nerviosismo cambió bruscamente de conversación:

—¿Viste a mi hermano?

—No desde la noche en que te libérté, aprovechándome del escándalo que promovió. ¡Vaya una manera de repartir golpes! Aún hay varios contusos. No te preocupes. No le ocurrirá nada.

—Hasta hoy no me di cuenta de los peligros que os acechan. De tanto ver falsas películas de «gangsters», creí que todo era como en ellas. El triunfo de la ley y del protagonista. Reparo ahora que los delincuentes se defienden con desesperación.

Puso dos tazas en la mesita de centro, sentándose frente a Andrew, que la miró fijo, con un chispazo en sus pupilas. Desvió la vista.

—Ponte el azúcar.

—No, hazlo tú. Sólo un terrón. Como me gusta el café amargo procura no mojarte los dedos...

Ella le agradeció la galantería con un ligero mohín de labios.

—Estás muy cumplido.

—No, Virginia. En mi propia casa, con mi mujer, ¿te importaría que te hiciese una pregunta?

—No.

—¿Qué hay entre Henry Godfrey y tú?

La respuesta fue embarazosa para la muchacha:

—Pues... nada, hasta el día antes de ser raptada. Le acepté como novio. Quiso que nos casáramos en seguida y me negué. Sin embargo, le he dado mi palabra.

—Comprendo.

Hubo un largo silencio. Andrew Tiller encendió un nuevo cigarro, contemplando las volutas de humo azulado. Virginia, intuyendo lo que pasaba en el corazón del hombre, habló:

—Tú y yo seremos siempre grandes amigos.

—Desde luego, pequeña —respondió él, rehaciéndose—. Eso no podrá impedirlo nadie.

La conversación tomó otros derroteros. El agente del F. B. I.,

informó a la muchacha sobre la vida en Nueva York, que ella desconocía, salpicando su charla con divertidas anécdotas, ocurridas en los Almacenes

Macy's

[7]. La joven le oía entusiasmada.

Y así, en grata conversación, transcurrieron dos horas. Virginia sintió un gran desconsuelo al oír que él decía:

—He de marcharme. Mañana haré lo posible por volver.

Descendió por Monitor Avenue, en dirección al ferrocarril. De nuevo imperaba el hombre de acción. ¿Dónde tendrían instalada la emisora los agentes alemanes?

Luego de mirar en torno suyo, un individuo, cuyas facciones iban semicubiertas con las solapas de la americana, se dirigía al cerrado portalón, introduciendo en él una llave. Las puertas de madera se abrieron sin ruido, quedando entornadas. La sombra subió, cautelosa, por las escaleras de mármol. El edificio parecía desierto.

Ayudándose de la linterna sorda consultó un pequeño plano. Luego, a oscuras, llegó a un despacho, estilo Renacimiento, en el que penetró, cerrando tras de sí. Diestramente, y sirviéndose de ganzúas, fue abriendo los cajones de la mesa. Allí no había sino cartas de negocios.

Decepcionado se puso en pie, mirando en todas direcciones. Luego de comprobar que la persiana no permitía el paso de la luz al exterior, encendió el portátil, comenzando un nuevo y más minucioso registro, con el mismo resultado.

Convencido de lo inútil y peligroso de su permanencia allí, salió al pasillo. ¡La terraza! Pronto estuvo en el último piso, que comunicaba con el tejado, no encontrando en él ni rastro de antenas. Bajó después al «hall». Oyó pasos, viendo cómo se abrían las puertas que comunicaban a la calle Harrison. Se apretó contra la pared. El visitante anduvo unos metros, encendiendo una potente linterna, y sintió que una pistola se le clavaba en los riñones, al tiempo que alguien susurraba a su oído:

—Si haces el menor movimiento te mato.

El amenazado no opuso resistencia y se dejó conducir fuera.

—Sigue adelante.

Pero cuando llegaron bajo un farol, el estupor de los dos hombres no tuvo límites.

—¡Henry!

—¡Larry!

Godfrey fue el primero en reaccionar:

—Vámonos de aquí. Es peligroso. Pueden sorprendernos.

—¿Quiénes? ¿Qué es lo que buscabas? —preguntó, receloso, el agente del

F. B. I.

—A Virginia. Hace unas horas he recibido un anónimo indicándome que estaba detenida aquí y, sin pensarlo, vine dispuesto a todo.

—¿Conservas ese papel?

—Desde luego —replicó Henry—. Le tengo en la habitación del Gran Pacific.

—Vamos. Me interesará verlo.

Godfrey paró un «taxi» y, tras decir las señas al conductor, comenzó:

—Temo por tu hermana. ¿Qué se oculta detrás de esto?

—Nada, que yo sepa. Hay otros agentes sobre su pista. Me han prohibido intervenir.

Larry Wilson mentía. No se fiaba ya del que, semanas antes, fue su amigo y estuvo a punto de ingresar en la familia.

—Íbamos a casarnos cuando regresaras tú.

El joven sintió que algo se rebelaba dentro de él. Sin saber por qué repugnábale la idea de entregar Virginia a Godfrey.

—¿No me das la enhorabuena?

—Es prematura. Primero hay que encontrarla.

Al fin llegaron al lugar indicado. Una vez en el interior del cuarto, Henry rebuscó en una carpeta, sacando una cuartilla en blanco.

—¡Se ha borrado! —dijo, con asombro.

—No importa. Me interesan las huellas.

Guardó el mensaje en su cartera, y después se despidió de Henry, sin decirle su domicilio.

—Si lo deseas, puedes comunicar conmigo en la Jefatura. Me marchó. Tengo unas cosas que hacer.

Con tan secas palabras abandonó el Gran Pacific, convencido de que eran falsas las palabras de Godfrey. El papel no contuvo jamás mensaje alguno.

Minutos después pudo comprobarlo en el laboratorio de la

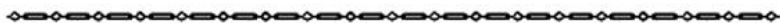
Delegación del

F. B. I.

Desde allí telefoneó al Auditórium. Miriam le dijo, muy agitada:

—Ven en seguida. Tengo muchas cosas que contarte.

—Voy para allá.



LEER UNA BUENA NOVELA ES
EXPANSIONAR EL ESPIRITU
Y ENRIQUECER LA CULTURA

VIII



N la lujosa habitación reinaba el silencio. Cinco individuos de pésima catadura bebían «*whisky*» sentados en torno a una mesa. Por la reconcentrada expresión de sus semblantes adivinábase la honda preocupación que les invadía. Uno de ellos, de rostro achatado, con una enorme cicatriz en la mejilla derecha, impacientándose, barbotó:

—Es prematuro. Primero hay que encontrarla. Me revienta esperar.

—Y a mí —asintió otro.

—No seáis desagradecidos —medió, burlón, un tercero—. El «*whisky*» es de primera calidad.

—Lo suministro yo —intervino un cuarto personaje, entre las carcajadas generales—. No reírse —continuó—. La marca es auténtica. Ahí vienen.

Nevis Corrigan y Andrew Tiller habían entrado, sentándose después de un seco saludo. El primero se disculpó:

—Perdonen. Una visita urgente ha demorado nuestra llegada.

—Entonces, al grano. Hace unos minutos he dicho que me fastidia aguardar a nadie.

El subjefe de la red de espionaje germano carraspeó y luego, muy despacio, sopesando cada una de las frases, empezó:

—Señores: la reunión de esta noche es definitiva. Quiero oír de ustedes las quejas que puedan tener contra la organización para la que trabajan. Necesito saber si sus respectivos «gangs» se encuentran satisfechos de nuestro trato. La empresa que vengo a proponerles es la más arriesgada y definitiva.

Corrigan hizo una pausa, repartiendo cigarros habanos a los presentes. Prosiguió:

—Su silencio indica asentimiento. Lo celebro.

Nunca hemos escatimado el pago de quien nos sirve, ni en dólares ni en plomo. Existen tres patrias: de un lado, América; por otro, Alemania; la tercera, la ambición. Los que hoy nos hallamos aquí reunidos rendimos culto al imperio del dólar. La orden es la siguiente: pasado mañana, a las cuatro de la madrugada, los cinco «gangs» operarán en los lugares que se les indiqué. El pertrecho de los hombres será de guerra. Fusiles ametralladores y granadas de mano. Tú y los tuyos —fue señalándoles con el dedo, mientras comunicaba las instrucciones— asaltaréis la Western Union Telegraph, comunicando al mundo, y particularmente a los Estados Unidos, el desembarco de tropas alemanas en el golfo de Méjico y el dominio total de la ciudad de Chicago por las fuerzas de choque hitlerianas, compuestas de divisiones de paracaidistas. Oportunamente se te entregarán las copias de los cables y sus direcciones. Tú —indicó a otro— ocuparás la emisora de radio, retransmitiendo música germana y las mismas noticias. También se te facilitarán los discos. Servicios de los técnicos. Para ello, no debéis de matarlos.

Nevis dio una larga chupada al cigarro habano. Todos le oían con atención sin límites.

—Vosotros dos, unidas las bandas, os apoderaréis de la estación del ferrocarril de Illinois, facilitando armas a los que lleven en su brazo derecho una franja de tela con la cruz gamada. Hemos

ordenado a los alemanes que se reúnan allí, y algunos proceden de otros Estados. El quinto «gang» sembrará el terror en el barrio comercial, asaltando Bancos y edificios oficiales, sin tomar ninguno. Es el que más ha de luchar. Obedeceréis en todo las órdenes de Andrew Tiller, aquí presente. El actuará de enlace. Millares de hombres se unirán a vosotros. Conquistaremos Chicago, sólo como un golpe de efecto moral. Después, en el Michigan, en numerosos hidroaviones, huiremos los supervivientes. El premio en metálico para cada uno de los «gangs» es de medio millón de dólares. Interesa que el espanto reine en la población. ¿Comprendido?

—Desde luego —habló uno por todos—. Pero ¿y las armas?

—Iremos en su busca. No hay peligro. Luego enviarán hombres, para recoger las que correspondan. ¿Más objeciones?

—Sí —habló el de la cicatriz—. El pago.

—El cincuenta por ciento, dos horas antes de actuar; el resto, después. El que lo desee puede venir a Alemania, como miembro del espionaje. ¿Alguna duda? Pasado mañana, repito, comenzará la acción conjunta.

Todos se levantaron, asintiendo. Nevis Corrigan ordenó:

—Seguidme.

Descendieron unas escaleras, iluminadas por pequeñas bombillas. Estaban en un sótano. Andrew encendió la linterna, y en ese instante, las luces se apagaron. Se oyó un chasquido, como de una pared que se abre, y todos penetraron por un corredor abovedado. Hasta ellos llegaba claramente el sonido del agua. Sin duda comunicaba directamente con el lago. No en balde el hotel estaba construido en Lake Shore Drive, resguardado del Michigan por un macizo muro.

Continuaron el avance. Varios llevaban linternas, de las que, con las pistolas, no se separaban jamás. Se detuvieron en una especie de dársena subterránea, donde había dos motoras. Montaron en ellas. Nevis advirtió:

—Usad los remos que hay en el fondo. Es conveniente no hacer ruido.

Minutos después, bajo la noche estrellada, bogaban silenciosos por el lago. Una vez lejos de la costa, Tiller indicó:

—Se trata de dar escolta a dos barcas de armamento. Vienen conducidos por gente de confianza desde el Canadá, a través del

lago Superior.

Las gasolineras avanzaron rápidas, dejando tras de sí una ancha y brillante estela.

—No será preciso. No obstante, si las necesitáis, en el departamento trasero hay pistolas ametralladoras.

Transcurrió una hora larga. Al fin se aproximaron a la mercancía, conduciéndola sin tropiezos al subterráneo. El plan salió con suma perfección.

Horas antes, la Policía marítima había recibido una extraña orden:

«Suspendan la vigilancia del lago. Que no salgan lanchas a patrullar».

Larry Wilson halló muy excitado a Miriam Cullens.

—¿Qué te sucede? Temí que fuese algo malo.

—Todo lo contrario. ¡Acabo de descubrir casualmente el lugar desde donde se transmiten las informaciones! ¡Encima de nuestra cabeza! ¡En la U.

S. Weather

Bureau!

Vibraba triunfal la voz de la muchacha. El agente del

F. B. I.,

impresionado, intentó calmarla:

—Explícamelo. Fúmate un cigarrillo.

Cómodamente instalados en el diván, Miriam relató el ingenioso modo de procurarse una antena en la visita a la Estación Meteorológica de los Estados Unidos.

—Así conseguía una mayor claridad en las transmisiones. Hace dos horas comuniqué con nuestro Departamento e intercepté unos sonidos. Era Morse. Fui apuntándolos. Cuando cesaron me asomé al pasillo, viendo cómo dos hombres salían de la Weather Bureau. No me cabe ninguna duda. Aunque complicada, descubrí la clave. Mira lo que decían.

Sacó un papel, que mostró a Larry, el cual leyó en alta voz:

«Todo preparado. Necesitamos seguridad hidroaviones. Poseemos sistema de remolques aéreos

desmontables. Éxito. Mañana pediremos órdenes».

—He avisado a Washington. La respuesta ha sido una: tranquilidad. ¿Sabes algo de tu hermana?

—No. Sin embargo, Tiller me garantizó que nada podía sucederle. Estamos llegando al final. Cuando termine...

—¿Qué? —inquirió ella, curiosa.

—Es posible que entonces te haga dos proposiciones.

—Y ¿por qué no ahora?

Wilson no respondió. Tenía muy cerca de si el rostro de la muchacha y, dejándose llevar por el impulso, la besó en los labios, sin que opusiese resistencia.

—Te quiero. ¿Te importará casarte con un oscuro agente del F. B. I.?

—¡Gracias a Dios que me lo pides! Si tardas más soy yo la que me declaro.

—¡Miriam! —exclamó, gozoso, Larry.

—Lo deseaba, querido.

Hubo una larga pausa, en la que los jóvenes, tiernamente enlazados, dejaron hablar a sus corazones. Ella, curiosa, preguntó:

—¿Cuál es la otra petición?

—La de que abandones el

O. S. S.

Si llega la guerra, la nación requerirá nuestro esfuerzo y sacrificio, No obstante, en la paz quiero tenerte siempre en casa.

—Ya había pensado en eso. Por desgracia, creo que nos corresponde vivir una época de hierro y de muerte. Pero ni uno ni otra destruirá nuestro amor, nacido de un amor puro: el de la patria.

Sonó el timbre del teléfono. Miriam asió el auricular, escuchando. Luego dijo:

—Sí. Desde luego. Ahora se pone —tendió el aparato a Wilson, aclarándole—: Es Tiller.

—¡Hola! ¿Qué tal estás?

—Bien —sonó la voz al otro lado del hilo—. Reunión urgente dentro de dos horas en el... «Consejo de Administración». ¿Comprendes?

—Sí; no faltaré. Suerte.

Andrew rió suavemente y Larry comprendió. Se le había pegado la «muletilla» del

O. S. S.

Informó a Miriam de las órdenes, agregando:

—Aún puedo pasar un rato contigo. Celebro que al fin se aclaren las incógnitas. Si Tiller va al

F. B. I.,

es que todo fue preparado por el Bureau. Pero... no mencionemos ahora eso. Prométeme ser prudente. Necesito que vivas.

—Sí. Tengo órdenes de permanecer a la escucha. La emisora está en el cuarto de baño. ¿Dijeron algo interesante los dos individuos a quienes dormí con mis cigarrillos?

—No. Son malhechores vulgares, obedientes a su jefe de «gang». Y ahora hágame de ti.

Los minutos pasaron veloces para los enamorados. Al despedirse, ella rogó:

—No te arriesgues mucho.

Cuando Larry Wilson penetró en la oficina local del

F. B. I.,

de Chicago, tuvo varias sorpresas. Con el inspector Hubert Polegate estaban Andrew Tiller y David Cort, del Estado Mayor.

—Enternecedora reunión —dijo, estrechando las manos que se le tendían. A Tiller le abrazó muy fuerte. Bromeó, para ocultar su emoción—: No te lo perdono. Me has hecho pasar muy malos ratos. Ni a usted tampoco, Cort.

—Vamos, vamos. El cumplimiento del deber lo imponía así. Por cierto, ¿qué tal esas vacaciones?

Los cuatro hombres rieron estrepitosamente. Andrew aclaró:

—Voy a sacar de sus dudas, si es que las tiene, al número dos de la promoción. Siempre afirmé que valías mucho, Larry.

—Un poco menos que tú. Empieza.

—Teníamos un traidor en nuestro Departamento de Identificación. No; por fortuna, ningún, agente. Un simple empleado, que se procuró llaves falsas. Según Cort, murió al resistirse a su captura, horas antes de que celebrarais la fiesta de fin de curso en la avenida de la Constitución. El caso es que la red de espionaje alemán conocía a todos los agentes por un doble del

fichero. Era suicida introducirse en la banda. Meses antes, siendo yo alumno, informé al Estado Mayor de que me habían propuesto, mediante el chantaje y la amenaza, ingresar como agente germano. En el hotel tuve la precaución de decir que continuaba mi carrera, sólo que especializándome en Criminología. A nadie extrañó que desapareciera de Washington. Iba a conocer distintas academias policiales. Los malhechores se fiaron de mi antigua ficha en una organización fascista, en la que ingresé, por consejo de los Luesenbrink, mis protectores, que, por cierto, me temo no son ajenos al pleito de Chicago. Era preciso que alguien se infiltrara en la organización, y el

F. B. I.,

me designó en secreto. Lamento el disgusto que te di. Ya sé que Miriam te contó las intrigas de que fuiste víctima. El «gang», al saber descubierto a su confidente, quiso fotografiar a los de la nueva promoción. Murió un hombre, fracasando. Como verás, todo está, claro. Sólo hay una incógnita que resolver. ¿Fue Henry Godfrey quién quiso asesinar a Miriam? ¿Cómo conocen tu identidad? Creo que el prometido de tu hermana es el jefe de la delegación de espías de Washington. Mas hay que probarlo antes de detenerle. Y ahora, escuchad.

Informó con detenimiento de las instrucciones dadas a los distintos «gangsters», así como del emplazamiento del alijo de armas. A Larry le bailaba una pregunta en la lengua, pero no quería interrumpir a su compañero. Al terminar éste, impetuoso y anhelante, inquirió:

—¿Y Virginia?

—A salvo en una casa que nadie conoce más que yo. Tu hermana estaba presa en una celda disimulada con barriles vacíos. Debiste pasar junto a ella. Por eso te ordené que promovieras el escándalo. Todos los hombres del «*night-club*» fueron a luchar contra ti, y me fue fácil salir por una puerta secreta.

—Gracias, Tiller. Te debo mucho.

—Cumpló con mi obligación, y en el caso de Virginia representa un verdadero placer. Es encantadora.

—¿Boda en puerta? —bromeó David Cort.

El semblante del número uno de la promoción de agentes especiales del

F. B. I.,
se endureció:

—Por desgracia, no. Hay algo que lo impide...

Nadie se atrevió a hacerle preguntas. Hubert Polegate abordó de frente el problema:

—¿Cómo vamos a actuar?

David Cort habló muy despacio, exponiendo un magnífico plan de ataque. Terminó:

—Han llegado cincuenta agentes de Nueva York y Washington. La lucha será a muerte. ¿Dónde permanecerás, Andrew?

—En el campo enemigo. Mi puesto es ése. He de descubrir al cerebro criminal, aunque tengo una triste sospecha.

—¿Luesenbrink? —insinuó Polegate.

—Sí. Confío y temo encontrarme con él cara a cara.

Los cuatro hombres bebían en silencio. Larry dijo a Tiller:

—Perdona lo que voy a decirte. Si disponemos de tiempo hasta mañana, debías llevarme junto a Virginia. ¿Te importa? Quizá cuando menos lo piense una bala me impida abrazarla.

—Tienes razón. Vamos. ¿Alguna orden más?

—Sí, una. Que cojáis mi coche particular. Está abajo. Tomad las llaves.

—Pero usted... —quiso argumentar Wilson.

—Utilizaré uno oficial.

David Cort sonrió a los dos muchachos. Era un apasionado de su profesión, y recordaba su juventud en los nuevos agentes.

Salieron, comprobando que no había nadie en las inmediaciones. Veinte minutos después entraban en la casa de la avenida Monitor. Virginia, que llevaba un amplio salto de cama, se abrazó llorando a su hermano. Andrew Tiller entró discretamente en el cómodo cuartito de estar, sentándose en uno de los butacones. En las próximas cuarenta y ocho horas se iba a jugar la vida en condiciones desventajosas. La voz de ella le sacó de sus meditaciones:

—¡Qué bien te has portado conmigo! Y, por si fuese poco, me das la alegría de esta noche...

—No exageres. Te hemos privado de unas horas de sueño. ¡Tengo unas ganas terribles de tomar café!

—Yo lo haré en un momento. Es seguro que haya dormido más

que vosotros. Tenéis expresión de fatiga. Os acostaréis. Yo me encargaré de llamaros cuando os convenga.

—No es mala idea, Andrew.

—Claro que no.

Charlando y contándose peripecias y anécdotas de Quántico, pasaron una deliciosa velada. Fue Virginia la que ordenó, adoptando una expresión de cómico enfado:

—A la cama todo el mundo. Son las cinco de la madrugada.

Los dos hombres la obedecieron. Estaban rendidos.

Ignoraban el tiempo que había pasado cuando les despertó, cerca, el tableteo de una ametralladora. Oyeron gritar a una mujer y saltaren del lecho en pijama, asiendo las pistolas. La muchacha entraba en la habitación.

—Destrozan la puerta a balazos.

Se vistieron rápidos, situándose en el pasillo que conducía desde el «*hall*» a las habitaciones interiores. Larry fue a disparar a través de la madera, pero Andrew le detuvo:

—¡Quieto! Creen que está tu hermana sola. Se van a llevar una buena sorpresa.

Cayó la puerta, rotas las cerraduras, y apareciendo en ella dos hombres portando ametralladoras «Thompson», llamadas en el argot del hampa «ukeleles». Los agentes del

F. B. I.,

no podían andarse con contemplaciones de ningún género y tiraron a matar. Los «gangsters» cayeron muertos con una expresión de estúpida sorpresa. Wilson y Tiller se apoderaron de las armas automáticas, descendiendo veloces la escalera. Frente al portal había un «Cadillac» y un hombre al volante. La puerta se hallaba abierta.

—¡Entrégate o mueres!

Pero el forajido, hombre de lucha, hizo fuego con un revólver. La bala silbó muy próxima a la frente de Larry, que disparó una ráfaga contra el miserable, que se dobló grotescamente en el asiento.

—Sube por tu hermana y bajad nuestras ropas. Sólo hay un lugar seguro.

—¿Cuál?

—La cárcel. La encerraremos en una celda hasta que termine la

trágica historia de sangre y de muerte donde se está ventilando el porvenir de los Estados Unidos...

IX



ANDREW Tiller y Larry Wilson, desde el despacho del director de la Weather Bureau, vigilaban la puerta de entrada, decididos a actuar en el momento oportuno. Un piso más bajo, Miriam Cullens, frente a un extraño aparato, aguardaba también para recoger el mensaje. Las horas comenzaban a ser decisivas.

Los dos hombres, silenciosos, se miraron con una sombra de inquietud en los ojos. ¿Habrían descubierto la derivación de la antena?

—No vienen —comentó Larry desalentado.

—Esperemos. Es temprano aún.

De nuevo el silencio comenzó a pesar sobre los dos bravos agentes del

F. B. I.,

un silencio cargado de sombras de tragedia.

Sus nervios se pusieron tensos. La acción era llegada.

Vieron penetrar a tres hombres portando una maleta y como tras de correr la gruesa cortina del ventanal que daba a la calle del Congreso, encendieron la luz. Movíanse con suma soltura.

—Engancha la antena, Sands.

Los tres sujetos eran delgados. De una sola ojeada Larry los calificó como técnicos. No se trataba de «gangsters», sino de hombres cultos que habían puesto sus conocimientos al servicio de Alemania. Uno de ellos, el que parecía mandar, hablaba con acento germano.

Abrieron el estuche descubriendo un modernísimo aparato al que unieron varios cables. Pronto se oyó un suave ruido de palancas. Estaban recogiendo y transmitiendo noticias.

Los del

F. B. I.,

tenían instrucciones concretas de no apresarlos hasta que no terminaran el trabajo. Precisaban saber las últimas órdenes. Andrew Tiller susurró al oído de Larry:

—Actúa.

Éste, consecuente a la orden recibida, salió del despacho presentándose de improviso frente a los espías, que le miraron con asombro, sin moverse, atemorizados por la «German Luger» que Larry empuñaba firmemente.

—¡Soltad las armas! Al menor gesto os acribillo.

El llamado Sands y su compañero obedecieron, dejando dos «*browning*» sobre una de las sillas, pero el alemán quiso disparar. Sonó un ruido sordo, como una gran burbuja de agua que se rompiera, y el miserable cayó para no levantarse más. Wilson había provisto de silenciador a su pistola para no sembrar la alarma.

—Volverse de espaldas —conminó con un tono de ferocidad en la voz.

Fue obedecido y entonces, asiendo la «Luger» por el cañón, golpeó brutalmente en la cabeza a los dos individuos, que cayeron al suelo privados del sentido. Entonces abandonó Andrew Tiller su escondite. Conocía al muerto y a los dos prisioneros. Se hubiese mostrado de amenazarles algún peligro. Se acercó al aparato telefónico, pero no llegó a descolgarlo. Le extrañaría al empleado de

la centralita que hubiese alguien en la Estación Meteorológica.

Dejando a Wilson solo, se dirigió al cuarto de Miriam. Llamando de un modo convenido. La muchacha abrió, con el rostro resplandeciente. Tres hombres se incorporaron, y Tiller les dijo:

—Subid conmigo. A ser posible procurad pasar desapercibidos, aunque no importa mucho. Dentro de unas horas tronarán las pistolas en Chicago. Luego, volviéndose a Miriam, inquirió: ¿Captaste?

—Por completo. Han dicho...

—Deja. Ahora nos lo dirás. Bajaremos Larry y yo. ¡Ah! Me gusta el café muy cargado y en poca cantidad...

La muchacha, sonriendo, repuso, cuando Tiller abandonaba la estancia:

—Comprendo la indirecta. Por fortuna dispongo de lo necesario para complacerte.

La joven, alegre por saber fuera de peligro al que ella amaba con todo su corazón, entonó una cancioncilla popular mientras preparaba la cafetera eléctrica. Hallábase en tales menesteres cuando volvieron a llamar, con la señal convenida. Eran Larry y Andrew. El primero, ante el asombro de Tiller, besó a la muchacha, preguntándola cariñoso:

—¿Muy preocupada?

—Ahora ya no. Pero..., observa la cara de estupor de tu amigo. ¿No le habías dicho nada?

—No. Y ya..., ¡para qué! Me parece que sobran las palabras.

—Desde luego —bromeó Andrew—. Sobre todo con unos novios tan expresivos.

Se sonrojó ligeramente la joven y para ocultar su turbación sacó unas tazas comenzando a servir el negro brebaje. Los dos hombres encendieron unos cigarrillos. Wilson, inquirió:

—¿Quiénes eran?

—Formaban parte del grupo especializado. No interesa su captura, sino para que la redada sea lo más completa posible. ¿Qué decían los mensajes, Miriam?

—El primero —contestó, volviéndose, la muchacha— era muy breve. Lo retengo en la memoria: «Contad hidroavión lugar previsto». El otro lo hube de escribir. Léelo tú, Larry.

Dio un papel al agente, que comenzó en alta voz:

«Conseguimos informes sobre microfotografía. Todo a punto. Examinen valija diplomática. De no recibir órdenes en contrario destruiremos laboratorio. Suerte».

—¿Qué laboratorio es éste, Tiller?

—No he podido averiguarlo aunque me sospecho que los pagos a los diferentes «gangs» se hacen con billetes falsos de una perfección tan extraordinaria que circulan por el país sin ser descubiertos.

—¿Y lo de la valija?

—Eso lo vamos a averiguar ahora. Si está en Chicago nos apoderaremos de ella. Sino, transmitiremos órdenes allí donde se encuentre. Hay que evitar que utilicen esos datos, cualesquiera que sean. ¿Vienes?

—Desde luego. Adiós, Miriam. Cuídate mucho.

—Sólo lo que permitan las circunstancias.

—Y un poco más. Lo que resta por hacer es cosa de hombres —afirmó Larry. Después, adoptando una expresión de cómica amenaza, dijo—: Si no haces caso soy muy capaz de meterte en la cárcel. Ya me he entrenado con la familia.

—¡Pobre Virginia! Se aburrirá allí terriblemente —se condolió Miriam.

—Es seguro. No obstante no podemos dejarla sola. La capturarían. No todas las mujeres se saben defender como tú, Cuando quieras, Andrew.

—Ahora mismo. Te doy treinta segundos para despedirte.

El número uno de la promoción aguardó en el pasillo, con el corazón entristecido. Aunque sospechaba de Henry Godfrey se carecía de pruebas sobre su culpabilidad. Por un momento pensó que sus recelos eran nacidos del odio al rival.

Se le unió Wilson y juntos se encaminaron a la delegación del F. B. I.,

donde Davis Cort había instalado su cuartel general. Usando el telégrafo daba órdenes a los gobernadores de los Estados vecinos y, en suma, recababa constantemente instrucciones del jefe del Estado Mayor, al que pertenecía. Le rodeaban varios agentes.

En pocos minutos, Andrew le informó de lo sucedido, trasmitiéndole la copia de los mensajes de puño y letra de Miriam. Sin un solo comentario se puso en comunicación con el Consulado

alemán:

—¿Oiga? Soy el sargento cultural de la Embajada francesa. ¿Con quién hablo? No, no despierte al señor cónsul. Se trata únicamente de que se molesten en mandar a mi familia un pequeño obsequio. No deseo confiarlo al correo porque es muy molesto —hubo una larga pausa. Sin duda el inspector escuchaba—. Bien..., bien. De todas formas muy agradecido. Lo remitiré con algún compatriota. No es necesario que se disculpe —colgó, explicando—: Era el secretario particular. Sin duda, cuando se retira el conserje, conectan la central con su alcoba. Me ha dicho que ayer salió la valija rumbo a Berlín. Tendrá que actuar el

O. S. S.,

de Alemania para impedir que llegue a su destino.

Escribió rápidamente una carta entregándosela a un hombre que le miraba en silencio:

—Tenga. Haga llegar esto antes de un cuarto de hora a su departamento.

En el gran aeródromo berlinés reinaba una animación extraordinaria. Numerosos aparatos tomaban tierra a lo largo de cada jornada y los altavoces pregonaban en diferentes idiomas los nombres de capitales e, incluso, a veces, de viajeros. Las largas pistas de aterrizaje semejabán anchas carreteras, iluminadas de noche fantásticamente.

Cuando el trimotor, que hacía el servicio Chicago-Berlín tomó tierra, se acercó un potente automóvil «Mercedes» llevando en la portezuela derecha el emblema del Alto Mando alemán. El piloto, cuadrándose militarmente, dijo:

—A la orden. No ha habido novedad.

Después, sin aguardar respuesta, penetró en el departamento de cola para equipajes sacando tres valijas, cuidadosamente selladas y lacradas, que entregó a los que esperaban, volviéndose a saludar.

El coche enfiló la pequeña carretera que comunica el aeródromo con el exterior y unos cien metros fuera de sus puertas sufrió un formidable encontronazo con una camioneta que se cruzó en su camino. Mientras los ocupantes del «Mercedes» despotricaban contra el inexperto conductor, un pequeño turismo se acercó a gran velocidad frenando en seco en el lugar del accidente. Los germanos

volvieron el rostro hacia los recién llegados y su sorpresa no tuvo límites al ver que dos individuos, con el rostro cubierto por un negro pañuelo, les apuntaban con revólveres de gran calibre mientras otro, desarmado, apoderábase de los sacos extraídos del trimotor.

—Pero... —quiso protestar un germano.

—¡Quieto, si no quieres morir!

El brillo de los ojos del que amenazaba convenció a los atacados de lo peligroso de intentar una resistencia, absurda a todas luces, pues perecerían antes de empuñar las pistolas.

Unos segundos después el turismo se perdía a lo lejos, a una velocidad increíble.

En el «Mercedes» hubo unos segundos de indecisión. Uno de los ocupantes dirigióse veloz a la oficina del aeropuerto desde donde se puso en comunicación con la Policía. Más tarde. Cuatro hombres saltaban del turismo montando en un camión que transportaba madera y que se dirigió al centro de la ciudad.

La operación había resultado perfecta. Una hora después el departamento del

O. S. S.,

de Washington recibía el siguiente cablegrama:

«Misión efectuada sin novedad. Suerte».

X



UMABA impaciente
Andrew Tiller en el cuartel general de la organización germana.
Eran las diez de la noche. Dentro de unas horas se reunirían allí los
jefes de los distintos «gangs» para percibir el cincuenta por ciento
de sus honorarios. Después, si el

F. B. I.,

no lo impedía, la muerte y el terror adueñaríanse de Chicago.

Miró a través de la ventana. Frente a él se alzaban los árboles de
Lake Shore Drive, y más allá, las aguas del lago Michigan
resplandecían a la luz de las estrellas.

Era preciso descubrir pronto el nombre del jefe. La intervención
militar de los Estados Unidos en el conflicto bélico parecía
inminente. ¡La guerra!

Se levantó, nervioso, en el preciso instante que Nevis Corrigan

penetraba en la habitación.

—¿Qué te ocurre, Tiller?

—Ardo en deseos de actuar. La espera me irrita los nervios.

—Poco queda ya. Además...

—¿Qué?

—Tendrás ocasión de conocer al que tan inteligentemente ha movido los peones en el gigantesco tablero de ajedrez de América, dando jaque mate a sus enemigos.

—¿Vendrá?

—Sí, y no te sorprendas por lo que veas. Me ha dicho que le aguardes en la sala inmediata, vigilando a los «gangsters» a través del cristal secreto. No intervengas, aunque sea espantoso lo que presencias. Siento no poderte decir más. Sí te da lo mismo, aguarda en el observatorio. Vamos a hacer unas pruebas.

—De acuerdo, Nevis. Obedeceré, aunque me irrita vuestra falta de confianza.

—Ya lo comprenderás. El jefe tiene un gran interés por ti.

Con la idea obsesionante de Luesenbrink abandonó la estancia, dirigiéndose al lugar señalado. Corrigan le tuteó. Eso indicaba ser ciertas las palabras, asegurando la predilección que hacia él sentía el misterioso y criminal personaje.

Se hallaba ahora en un despacho ligeramente estrecho. Detrás de la mesa había un gran butacón, y a la derecha, varios cuadros representando paisajes de montaña. Levantó uno de ellos, apareciendo un cristal, ennegrecido por el otro lado. Tiller comprendió. Mientras efectuaban las pruebas a que Nevis aludiera, habían cubierto la mirilla con un paño.

Por un momento pensó protestar, airado, pero se contuvo. Era necio echarlo todo a perder por unas horas. Aguardaría.

Llevó la mano a la funda sobaquera, sintiendo una sensación de ferocidad al acariciar la culata de su «German Luger». Tal vez muriese, mas no sería sin que exterminase al desconocido director de la organización.

Recostóse cómodo, encendiendo un cigarrillo. Pensó en Virginia Wilson, y en su corazón se desbordaron oleadas de ternura. La muchacha no faltaría a la palabra empeñada a Henry Godfrey.

Evocó las incidencias de su vida, complaciéndose, tal vez morbosamente, en el dolor. Juzgábase tan próximo a la muerte, qué

necesitaba convencerse de que carecía de atractivos para él.

Solo, en su soliloquio mental, fueron pasando las horas, largas y monótonas. El cenicero repleto de colillas, evidenciaba el nerviosismo del bravo agente del

F. B. I.,

número uno de la promoción.

Miró el reloj de pulsera. Era la una y media de la madrugada. Dentro de treinta minutos hallaríanse congregados en la habitación contigua los elementos más indeseables de la ciudad. Ninguno escaparía.

Tornó a asomarse por el observatorio, distinguiendo perfectamente la ancha mesa, en torno a la cual, sillas vacías aguardaban la llegada de los «gangsters». ¿Qué habrían preparado allí? Todo presentaba el mismo aspecto.

—Se anticipa usted demasiado, Tiller —dijo una voz a su espalda.

El aludido se volvió, hallándose frente a frente con Henry Godfrey, que sonreía, cínico, en la puerta.

—No mucho. Vea su reloj. Queda un poco más de un cuarto de hora. Me asombra verle aquí. ¿Acaso, como yo, pertenece también a...?

—¿Al

F. B. I.?

—le interrumpió, burlón, el pretendiente de Virginia. Comoquiera que Andrew llevaba su mano en busca de la pistola, advirtió—: Le estoy encañonando desde que he entrado. Vea.

Del bolsillo exterior de su americana sacó una «*browning*», apuntándole serenamente al corazón. Habló de nuevo:

—Te has creído muy listo. Yo lo soy más. Permití que te infiltraras entre nosotros aun sabiendo tu condición de miembro del Federal Bureau of Investigation, porque así, seguros del triunfo, no lanzarían más agentes en nuestra captura. Gané tiempo y te confié. Todos esperaban tus informes, que eran siempre poco importantes. Sin embargo, he de reconocer tu valía. Lograste éxitos que no pude sospechar. Otros te los preparé yo mismo para, eliminando miembros molestos, desvirtuar tus sospechas.

Henry Godfrey hizo una pausa. Andrew exclamó, airado:

—¡Tú eres el jefe!

—Sí, efectivamente. Nunca lo hubieras adivinado, ¿verdad? Oí hablar de ti en Washington. Virginia me leía todas las cartas de su hermano y en ellas se te mencionaba constantemente. Luego desapareciste. Se hizo bien la comedia, pero a mí no me engañó. Te hice creer que Luesenbrink era el jefe, desviando de mi persona tu atención. Cuando fuiste a visitarle, yo estaba escondido detrás de una cortina, apuntándote con una pistola. Otto sabía que delatarme era tanto como tu sentencia de muerte. Te quiere como un verdadero padre. Fue para él una desgracia su regreso de Alemania. Le entregaron en la Alta Cancillería un encargo comercial para mí y cometió la imprudencia de abrirlo, enterándose de mi auténtica personalidad. No quise eliminarle, porque contaba con él para un proyecto. Capturado el funcionario que nos facilitó la identificación de todos los agentes, precisaba un traidor en el

F. B. I.

Pensé en él y en ti. Os queríais.

Le coaccioné diciéndole que si me delataba morirías tú, y, previniendo una emboscada, le enseñé mi orden a todos los agentes para que cumpliesen la venganza. Le aterroricé, comprometiéndole en dos o tres asuntos feos, tales como el rapto de la muchacha y el asesinato del agente Ellis. Presenció la tortura desde la mirilla de una puerta. Se horrorizó.

Tiller sintió un gran alivio en el corazón. Su protector era inocente. Aun sabiéndose perdido, repuso:

—Viva yo o muera, tu fin será el mismo.

—Lo dudo. Ahora necesito de ti una orden escrita para la Jefatura de Policía ordenando la libertad de Virginia. Desde su llegada a Chicago no hiciste sino cometer imprudencia tras imprudencia. Primero, al liberarla, y después, en las visitas constantes. Dispuse que te siguieran dos hombres. Ellos me informaron de que ibas a la oficina local del

F. B. I.

Sin duda alguna eras un traidor. Cambio tu vida por la hermana de Larry. Ella me quiere e ignora mi personalidad. Cuando, dentro de dos horas, partamos rumbo a Berlín, yo sabré hacerme comprender por ella, relatando una falsa historia. ¡Te repito, por última vez, que no te muevas! Mi puntería es magnífica.

—Eres un cobarde —le escupió, más que dijo, Andrew—. No

haré lo que me pides. Y la tortura será tan inútil como con el agente Ellis. Os dio una gran lección de valor y sacrificio.

Mientras hablaba iba estudiando las posibilidades que tenía de salir con vida. Aunque muriera en el intento era su deber capturar al miserable.

Pero Henry Godfrey no se descuidaba.

—Tienes cinco minutos para responder.

En este momento se abrió la puerta, apareciendo en ella Corrigan, que anunció:

—Ya están llegando, Jefe.

—Bien. Espósale.

Nevis obedeció, desarmándole, con gesto extrañado, sin hacer ninguna pregunta. Godfrey aclaró:

—Nos estaba vendiendo al

F. B. I.

Ve por una cuerda y átale también las piernas. Llámame cuando estén todos.

Tiller se dejó inmovilizar. Cualquier movimiento equivalía a una clara sentencia de muerte. El negro orificio de la «*browning*» le apuntaba directamente al corazón.

De nuevo quedaron solos el agente especial y Henry. Andrew tirado en un rincón de la estancia. Godfrey paseando por el despacho.

—Te aseguro que no le ocurrirá nada a Virginia. La amo muy de veras. Es a ella a la que debes conservar aún la vida. Sé que es inútil asaltar la cárcel. Moriríamos todos sin libertarla. Has dado órdenes de que no la saquen de allí hasta que no reciban tus instrucciones por escrito. No seas necio. Morirás. Ella será feliz a mi lado en Alemania. Ocupo uno de los altos cargos de la Subsecretaría de Información.

—Pierdes el tiempo conmigo.

Godfrey, enfurecido, le golpeó brutalmente con el pie. Tiller se deshizo en vano las muñecas. En su ira había olvidado de que no eran cuerdas, sino duras esposas las que le inmovilizaban.

—¡Cobarde!

Henry levantó la pierna de nuevo, pero la puerta se abrió para dejar paso a Corrigan.

—Le esperan. Han sido puntuales. Como van a cobrar miles de

dólares...

El lugarteniente de Godfrey había pronunciado tales palabras con una singular ironía. Andrew comprendió. Habían tendido una trampa a los jefes de «gang».

—Bien, Nevis. Luego nos ocuparemos de él.

Al penetrar en la habitación inmediata donde los «gangsters» esperaban, se hizo el silencio en todas las conversaciones. Godfrey tomó asiento y, sin más preámbulos, comenzó a hablar:

—Señores: ya conocen ustedes mis proyectos. Su presencia me indica claramente que están conformes con ellos y vienen a recibir las últimas instrucciones.

—Así es —respondió uno por todos.

—Pues bien: en nada han variado las órdenes. Vamos por el dinero, Nevis.

—Los dos, no; uno solo. No sé por qué me siento inquieto. Jamás me han fallado los presentimientos —objetó uno.

Henry vaciló unos momentos. Fue el mismo Corrigan quien le decidió:

—Yo me quedo, jefe. No se preocupe. Parece que les da miedo.

El «gángster» de la cicatriz se alzó, violento:

—Terminada la operación, me va a repetir esa palabra. No me fío de nadie. Menos de vosotros, renegados.

Su mano derecha estaba peligrosamente cerca de la funda sobaquera. Godfrey, sabiendo que se hallaban con los más hábiles pistoleros de los Estados Unidos, decidió quitarle importancia al suceso:

—Vamos; no sean chiquillos. Comprendo que tenemos los nervios muy excitados. Voy por los dólares. Tardaré unos minutos.

Nevis se sentó en el lado de la mesa que comunicaba con la puerta. Llegado el momento procuraría contener la respiración, saliendo rápido. Y así quiso hacerlo al sentir el leve silbido de la entrada de gas. Mas la hoja de madera no cedió a su intento, por hallarse cerrada. Uno de los «gangsters», notando en sus pulmones la entrada de la muerte, rugió:

—¡Traidores!

Y en una fracción de segundo desenfundó su pistola, haciendo fuego contra el subjefe de la red de espionaje, que murió instantáneamente.

Los malhechores tosieron, y minutos después yacían en las más absurdas posturas.

Fuera, Henry Godfrey, seguro del éxito de su plan, comentó, satisfecho, mientras se dirigía a la caja fuerte de su dormitorio:

—Sobran los testigos.

Extrajo con mano nerviosa gruesos fajos de billetes, y luego, tras sacar de un armario una bomba de relojería, se dirigió a los sótanos, penetrando en una especie de laboratorio, donde se encontraban los útiles para falsificar moneda. Derramó varios bidones de gasolina, colocando, graduado, el mortífero artefacto. Consultó su cronómetro. Aún faltaba cerca de una hora para que el autogiro se posase sobre la terraza.

Pasó por varias habitaciones subterráneas hasta llegar a una cámara blindada, donde había una gran mesa, de cuyos cajones comenzó a sacar papeles, quemándolos. En el supuesto de que el fuego respetase aquel lugar, nada dejaría que pudiera servir a sus enemigos.

Andrew Tiller, convencido de que era inútil intentar librarse de las esposas que atenazaban sus muñecas, se dispuso a esperar la muerte. Oyó un disparo en la habitación inmediata y luego un profundo silencio. ¿Qué había pasado allí? ¡Si pudiera incorporarse y mirar a través del cristal!

Desistió de tal idea. Los tobillos, sólidamente atados, no le permitían el menor movimiento.

Pasaron largos los minutos. El agente especial miraba el picaporte de entrada convencido de que, cuando éste girase, todo habría terminado para él. Suspiró profundamente. Su protector era víctima y no culpable. La muerte, con tal pensamiento, resultaba menos ingrata.

No esperaba auxilio. Consultó el reloj, gracias a tener las manos unidas por delante del cuerpo. Eran las dos y diez. Faltaban cincuenta minutos para el ataque en masa de sus compañeros. Entonces, él no existiría.

Vio abrirse despacio la puerta. Iba a dar el gran paso a la eternidad. Su sorpresa no tuvo límites al ver a Miriam Cullens, que, con una pistola en la mano, cerró tras de sí.

—¡Tú aquí! ¡Van a matarte!

La muchacha, sin responder, desató las ligaduras de las piernas,

viéndose impotente para hacer lo mismo con las muñecas.

—¿Dónde está la llave? —inquirió la joven.

—La tienen ellos —inquirió—. Hemos de huir de aquí.

Miró a la habitación contigua, no pudiendo reprimir un gesto de espanto. Salió rápidamente al pasillo, descorriendo el cerrojo exterior.

—No entres —avisó a Miriam— y aléjate unos metros. Debe de estar llena de gas.

Abrió la puerta y, procurando no respirar, se apoderó con las dos manos de la pistola de Nevis Corrigan, cerrando tras de sí. Preguntó a la muchacha:

—¿Lista para disparar?

—Sí.

De pronto tuvo una idea y, dando el arma a la joven, penetró, para sacar el cadáver del lugarteniente de Godfrey.

—Regístrale. Debe de tener él la llave.

Así fue. Minutos después, Andrew Tiller respiró satisfecho. Estaba libre. Pero... ¿dónde se hallaría Henry? Decidió buscarlo, no sin antes decir:

—Miriam, has de marcharte. Dentro de poco la casa se va a convertir en un infierno.

—Mi deber está junto a ti. También sé hacer uso de las armas cuando es preciso. En el Auditórium pensé que me necesitarías.

Comprendiendo que era inútil buscar argumentos para convencer a la muchacha, con las máximas precauciones fueron registrando habitación tras habitación. En una de ellas vieron numerosos fajos de billetes junto a una cartera de cuero.

—Aquí ha de volver. Le esperaremos.

—No, Andrew. Cuando vaya a matarte y se dé cuenta de tu fuga es posible que no piense más que en huir.

—Tienes razón, aunque no podrá hacerlo. La casa y la salida del lago están guardadas por la Policía. Dentro de quince minutos atacarán en tromba. De todos modos, ardo en deseos de encontrarme frente a ese cobarde de Henry Godfrey.

—Sospechaba de él desde el atentado del «*night-club*» de Washington. Me alegro por Virginia. Ese tipo no se la merecía.

Tiller conocía parte de la casa. No obstante, siempre supuso que el sótano guardaba aún misterios para él.

Con paso de lobo fueron descendiendo hasta las entrañas del hotel. En un abovedado corredor se detuvieron. A los ojos, plenos de asombro, de Tiller se abría un pasillo, por el que nunca penetrara. Anduvieron con el máximo de precauciones, llegando al laboratorio. No necesitaron explicaciones para, por el penetrante olor de bencina, darse cuenta de que se intentaba incendiar el «chalet». El tictac acompasado de un reloj le puso en guardia, orientándole sobre el lugar donde se hallaba la bomba. Andrew detuvo su funcionamiento, inutilizándolo. No en balde en la Academia del

F. B. I.,

le enseñaron a manejar toda serie de explosivos.

Conjurado el peligro, avanzaron más. Al doblar un recodo, un proyectil se clavó a pocos milímetros de su cabeza. Se echó para atrás violentamente, empujando a Miriam, que le guardaba las espaldas. Hizo fuego, para que Godfrey comprendiera que iba armado, y gritó:

—¡Ríndete! Estás perdido.

Le contestó una carcajada diabólica, al tiempo que dos balas rebotaban en el grueso muro de cemento.

Andrew, tirándose de bruces al suelo, sacó la cabeza, observando que el corredor estaba desierto. Con el arma firmemente empuñada avanzó erguido, en un alarde de valor. Miriam le seguía, admirada de la temeridad de aquel hombre. Tiller confiaba en su extraordinaria puntería. Registraron las habitaciones sin encontrar rastro alguno de Henry. ¡Faltaban sólo cinco minutos para que el

F. B. I.,

atacase!

Por un dédalo de galerías llegaron al punto de partida. Y fue entonces cuando Andrew se decidió a registrar la parte alta de la casa, particularmente la terraza. ¡Un helicóptero! Era una posibilidad, que no convenía descartar.

Subió de cuatro en cuatro los escalones. La intuición le salvó de una muerte cierta, pues antes de abrir la puerta de la azotea se echó a un lado, haciéndolo con el pie y a cubierto de posibles sorpresas. Una bala atravesó la madera.

—Está ahí, Miriam.

—Sí. ¿Oyes? Se aproxima un autogiro.

Tiller, con grave riesgo de su vida, asomó la cabeza, retirándola inmediatamente. En la noche, una sombra descendía despacio. En ese momento, haciendo fuego de ametralladora, la Policía comenzaba el ataque a una casa sin más habitantes vivos que los que en ese momento, en la terraza, jugaban su última baza de una partida espantosa, en la que resultaría vencedora la muerte.

Miriam contuvo por dos veces al agente del Federal Bureau of Investigation, que intentó lanzarse a pecho descubierto contra el miserable, pero no pudo hacerlo una tercera, porque el autogiro tocaba ya con sus ruedas los mosaicos de la azotea y Andrew no podía permitir que se escapase aquel miserable.

Apenas transpuso la puerta, cuando sintió un choque violento en el pecho. Los ojos se le nublaron. Disparó dos veces contra Godfrey, que subía al helicóptero, y le vio caer.

Miriam Cullens, que lo había presenciado todo, salió, disparando contra el piloto del autogiro, que recibió un impacto en la frente, doblándose en la cabina.

Se inclinó sobre el bravo Tiller, pero no pudo darse cuenta si vivía, porque Larry Wilson y Davis Cort penetraron con las armas empuñadas.

—¡Le han matado! —gimió la muchacha—. Es un héroe. Ahí está el jefe de la red de espionaje.

Irumpieron más agentes en la azotea. Larry, que examinaba el cuerpo de su entrañable amigo, dijo, excitado:

—Aún vive. Que lo lleven a una ambulancia y desde allí al Hospital San José —el joven, con los ojos inyectados en sangre, rogó al inspector—: Déjeme ir en el autogiro hasta el hidroavión. Los servicios de guardacostas han denunciado su presencia en el lago Michigan, entre Milwaukee y Chicago. Sé aproximadamente el lugar. No podemos permitir que se escape ni uno solo.

—Bien, Larry. Yo te acompañaré. Hace mucho que no actúo directamente. Me estoy atrofiando en el Estado Mayor.

En un segundo, los dos hombres del

F. B. I.,

subieron al aparato. Larry se despidió con la mano de Miriam, que le gritó:

—Suerte.

El helicóptero ascendió rápido, perdiéndose en la noche. Un policía informó a Hubert Polegate:

—Abajo hay seis muertos. Cinco de ellos, los jefes de «gangs» más famosos de la población.

—Vamos. ¿Viene con nosotros, Miriam?

—No. Yo acompaño a Andrew Tiller al hospital.

En ese momento entraban dos hombres portando una camilla, en la que, con el máximo cuidado, depositaron al herido. La batalla parecía haber terminado...

Sin embargo...

Davis Cort y Larry Wilson iniciaban en aquellos momentos una arriesgadísima empresa. Iban a enfrentarse de nuevo con la muerte. El inspector, con el pensamiento puesto en Tiller, apretaba nervioso el culatín de su pistola ametralladora. Su compañero expresó en alta voz su inquietud:

—¿Habrá muerto Andrew?

—Es posible que no. Su naturaleza resistirá la dura prueba.

Las palabras de Cort carecían de firmeza. Había visto el gran boquete del pecho...

Las palas de autogiro batían el aire veloces, impulsando a la pequeña aeronave sobre las aguas tranquilas del Michigan. Larry, que pilotaba, hizo descender el aparato unos cientos metros. Davis vigilaba la superficie del lago.

Pasó una hora. El helicóptero describía grandes círculos. Al fin, la voz del inspector sonó jubilosa, amenazadora:

—Ahí está.

En efecto. Unos doscientos metros a la derecha veíase la sombra de un avión, posado en el Michigan como un gigantesco pajarraco.

Larry habló:

—No hay más remedio que, bajando todo lo posible, lanzarse al agua, en la seguridad de inutilizar las armas de fuego. Por fortuna llevo mi cuchillo.

—A mí, tampoco me abandona. Mira, destacan un bote.

Describieron un gran círculo. Cuando las ruedas chocaron en el lago, los dos hombres saltaron, hundiéndose en el líquido elemento, a unos cinco metros de la lancha. De dos grandes brazadas llegaron al costado de la embarcación, izándose en ella. Los tres hombres que la ocupaban sintieron que el mundo se les venía encima, pues

aquéllos a quienes consideraban amigos les golpearon brutales, haciéndoles caer al Michigan. Como no esperaban el ataque pudieron ser fácilmente vencidos.

Larry impulsó el bote hacia el hidro y, una vez junto a él, subió audaz por la plegable escalerilla, alcanzando la cabina. Dos individuos le miraron con sorpresa, la cual aumentó al ver a Cort. Sin pararse a reflexionar, los dos hombres del

F. B. I.,

se lanzaron contra ellos, derribándoles. Y entonces, en el reducido espacio del hidroavión, se entabló una lucha a muerte. Los representantes de la ley no ignoraban que el ser vencidos equivalía a su asesinato y golpeaban frenéticos, no permitiendo a sus enemigos esgrimir las pistolas automáticas. Wilson había puesto fuera de combate a su rival, ayudándose de un golpe de «*jiu-jitsu*». Se incorporó. En ese momento, un hombre, sin duda el piloto, apareció en la puerta de la cabina de mandos empuñando una «*Parabellum*». Tuvo unos segundos de indecisión y bastaron a Larry, que se tiró como una tromba, golpeando con su cabeza el estómago del indeciso individuo, que cayó. El joven apoderóse de la automática, girando la mirada en derredor. El inspector del

F. B. I.,

estaba pasando por un mal momento. Su enemigo, sobre él, le golpeaba el rostro. Larry le dio un fuerte culatazo, oyendo cómo su superior decía:

—Gracias, muchacho. Decididamente me vuelvo viejo.

Wilson sintió que el aparato oscilaba levemente, comprendiendo de lo que se trataba. Los individuos de la lancha estaban subiendo por la escalerilla.

Les esperó y, con la ayuda de su compañero, no le fue difícil reducirlos. La misión había terminado felizmente.

Mas el

F. B. I.,

seguía actuando. En unos minutos, la West 12 th Street se vio animada en la noche por los faros de los automóviles de la patrulla volante, que se detuvieron en la puerta principal de la estación del ferrocarril de Illinois, mientras lanchas de la Policía vigilaban la costa.

Dos agentes penetraron, decididos, en los grandes andenes, dirigiéndose, resueltos, al despacho del jefe, ante el que mostraron su personalidad.

—¿Puede reunir a todo el personal en una de las salas de espera?

—No. Constantemente están llegando trenes. ¿De qué se trata?

—Vamos a ocupar la estación. Nadie ha de enterarse. Determinados individuos, con brazaletes nazis, vendrán a entrevistarse con usted y les recibiremos nosotros.

Los agentes, de paisano, se distribuyeron a lo largo de los distintos servicios. Llevaban la orden de vigilar a los funcionarios, no permitiéndoles abandonar sus puestos.

Y la gran redada comenzó. Los hombres de los distintos «gangs», sin jefes, sucumbieron en sus propios cuarteles generales, tras de dura lucha.

A la mañana siguiente fueron detenidos numerosos alemanes que gozaban de sólido prestigio. Mientras, los periódicos publicaban a grandes titulares la noticia del ataque a Pearl Harbour por la aviación japonesa. Era el 7 de diciembre de 1941. Veinticuatro horas más tarde, los

«G-men»

limpiaban la ciudad de agentes pronazis y japoneses. El

F. B. I.,

había cargado sobre sus hombros la más difícil de las misiones: el contraespionaje, auxiliándose en su primer trabajo con el

O. S. S.,

que, distribuido por el mundo entero, velaba por el triunfo de los Estados Unidos.

Antes de que tronaran los cañones en los campos de batalla y millares de ciudadanos sucumbieran por la defensa de la patria, entre estallidos de bombas y ataques a la bayoneta, unos hombres oscuros habían combatido también en una guerra fría, sorda, sin más compensaciones espirituales que las que proporciona el sentimiento del deber.

La muerte heroica del agente David Ellis sólo fue conocida por sus compañeros, que, dentro o fuera de los Estados, apretaron las mandíbulas con fuerza, evidenciando así su firmeza y su valor.

Y mientras, en el Hospital de San José, Andrew Tiller, el bravo

miembro del

F. B. I.,

luchaba denodadamente contra la muerte. En su alcoba, un matrimonio alemán, ya anciano, seguía ansioso el jadeo entrecortado de la respiración del muchacho, mientras una joven lloraba dulcemente, mojando con sus lágrimas las manos del herido.

Larry Wilson, en pie, hierático, contempló unos segundos el triste cuadro. Luego, no pudiendo contenerse, se dirigió en busca del cirujano.

—¿Cree que vivirá? —le preguntó.

—Confío en que sí —fue la tranquilizadora respuesta—. Sería una lástima que se perdiese un hombre tan valeroso...

EPÍLOGO

John Edgar Hoover, director del

F. B. I.,

sonriendo paternalmente, extendió su mano para estrechar la de Andrew Tiller, que, en respetuosa postura, sentía que un nudo inmenso le apretaba el corazón.

—Permíteme que te tutee, muchacho; pero he seguido paso a paso el curso de tus investigaciones. La patria te debe mucho.

—He cumplido con mi deber.

—Sí. Tal convencimiento te honra. Sin embargo, tu sacrificio comenzó antes de incorporarte a nuestro Departamento. Tu fidelidad ha sido probada. Todos sospechamos un momento de los Luesenbrink, que para ti son como tus padres, no desfalleciste. Tu bravura impidió la fuga de Henry Godfrey, nacido en Berlín y que vivía en América desde los siete años de edad. Tu integridad ha triunfado de la ambición. A lo largo de toda la historia del Federal Bureau of Investigation no se ha repetido un caso igual: dar el carnet y la placa a un alumno que, luchando con el

F. B. I.,

lleva una honrosa cicatriz y en su historial un hecho heroico. Me siento orgulloso de ti.

La voz de Hoover vibraba de emoción. Un velo de lágrimas nublaba la vista a Tiller.

—Gracias, señor —balbució.

En el despacho, Davis Cort y Larry Wilson presenciaban la escena emocionados. La voz de John Edgard se dejó oír de nuevo:

—Nuestros enemigos eran audaces. Los veteranos, apenas si han podido hacer algo en la represión del espionaje, por ser conocidos, merced a una traición. La labor recayó sobre los nuevos agentes, de los que han perecido siete en distintos Estados. Desde hoy, tu promoción, de la que eres el número uno, se llamará LA

PROMOCIÓN DE LA MUERTE. A ti, Andrew Tiller, y a Larry Wilson os doy la enhorabuena para todos vuestros compañeros. Que Dios os siga protegiendo siempre...

Con un júbilo inmenso en el corazón, los dos bravos agentes se despidieron. En el pasillo les aguardaba Miriam. Larry abrazó a su novia. Andrew, extendiendo la mano a la mujer, dijo, tristemente:

—Ya estamos a salvo. Ahora empieza lo peor.

Y sin aguardar respuesta bajó las anchas escaleras, que le llevaron a la avenida de la Constitución, por la que descendió despacio, absorto en sus pensamientos, en su infancia desgraciada. Unos pasos menudos a su espalda le hicieron volver la cabeza.

—¡Virginia!

—Sí, Andrew. Deseaba ser la primera en darte mi enhorabuena. Davis Cort me dijo que el director del

F. B. I.,

te había llamado para felicitarte.

—Así ha sido. Te lo agradezco mucho. Por un momento me he sentido solo. ¡Y si vieras cómo angustia la soledad! El triunfo de los hombres se transforma en un cruel fracaso si no tienen con quién compartirlo.

—¡Andrew!

Miriam aguardaba a tu hermano. Se quieren y van a casarse en breve. Me dolió mucho no verte.

—Fue el autobús. Paró no sé cuántas veces.

—No tienes por qué disculparte, Virginia. Yo soy un hombre habituado a los desengaños. La vida me ha tratado muy mal. «Aquello» nuestro de Chicago era demasiado hermoso para ser cierto. Pasó el sueño. Ahora viene la amarga realidad.

—¿Por qué no me hablas claro?

—Es poco lo que puedo ofrecerte. Ni aun mi vida. Ésta pertenece a la patria. Soy un agente más de una promoción trágica: LA PROMOCIÓN DE LA MUERTE.

—No, Tiller —argumentó la muchacha—; eres el número uno el primero. Y voy a desilusionarme un poco. Te creí audaz, con un concepto recio de tu propia personalidad. No descendas del pedestal en que te he colocado.

El la miró fijamente, parándose. Inquirió:

—¿Meditas el alcance de tus palabras?

—Sí —contestó Virginia, mirándole con ternura.

—Entonces... ¡No vas a tener más remedio que casarte conmigo..., aunque sea a la fuerza!

Y sin importarle el numeroso público que deambulaba por las anchas aceras, besó a la joven en la boca. Cuando los enamorados dirigieron su vista en derredor, un grupo de hombres y mujeres reían. Andrew Tiller comentó en alta voz:

—Les aseguro que no tiene nada de particular el hecho..., salvo para nosotros. ¿Verdad, querida?

—Sí, Andrew. Por un momento creí que tuviera que declararme yo.

Continuaron su camino, dulcemente enlazados del brazo. Un «taxi» paró junto a ellos y Larry sacó la cabeza por la ventanilla para decir:

—Me gustaría que las dos bodas se celebraran a un mismo tiempo.

El vehículo arrancó veloz. Tiller fue a besar de nuevo a su prometida, pero ésta le rechazó, cómicamente ofendida:

—¡Qué pensarán de mí! Veo que sigues tan audaz como te imaginé, querido.

Andrew Tiller sonrió feliz. La vida se le presentaba grata y prometedora.



ALF MANZ

el autor de indiscutible categoría, reconocida por todos los lectores de habla hispana, vuelve de nuevo a nuestra Colección con una grandiosa novela titulada

TINIEBLAS

En la noche neoyorquina un terror mortal se extiende sobre la ciudad a la vez que sobre sus tejados sopla el viento helado del invierno. Nadie osaba salir de sus casas a horas avanzadas, porque en las tinieblas ..

ALF MANZ

presenta un ambiente sugestivo, originalísimo, con su peculiar maestría descriptiva de psicologías extraordinarias. Mueve los hilos de los personajes que se atreven a desafiar al misterioso «boss», que mata en la oscuridad sin descubrirse nunca

TINIEBLAS

será otro éxito arrollador de la

Colección F. B. I.

al estar escrita por

ALF MANZ

NOTAS

[1] Pese al carácter protestante de la ciudad, se calcula en un treinta y dos por ciento el número de católicos. < <

[2] Office of Strategical Service. < <

[3] Adiós, señor; adiós, señorita. < <

[4] Estación Meteorológica de los Estados Unidos. < <

[5] Se cree que el nombre de Chicago se debe a una planta, semejante a una cebolla, que crecía abundante junto a la ciudad y que era muy codiciada por los indios. < <

[6] Popularísima compositora americana. < <

[7] Los almacenes

Macy's

son famosos en el mundo entero, haciendo en ocasiones, ventas diarias de un millón de dólares. < <